

Jordi Sierra i Fabra
**Una dulce historia
de mariposas y libélulas**

Ilustraciones de Pep Montserrat



Siruela

**JORDI
SIERRA I FABRA**

**Una dulce historia
de mariposas
y libélulas**



Ediciones Siruela

[Portada](#)

[Portadilla](#)

[Dedicatoria](#)

[Primera parte: Xiao](#)

[Capítulo 1 Desde lo alto](#)

[Capítulo 2 En la casa](#)

[Capítulo 3 Cuando compró a su esposa](#)

[Capítulo 4 Al amanecer](#)

[Capítulo 5 La reunión del Consejo](#)

[Capítulo 6 Los quinientos veintisiete](#)

[Capítulo 7 Al iniciar el camino](#)

[Segunda parte: Ren](#)

[Capítulo 8 El frío de la primera oscuridad](#)

[Capítulo 9 El río siempre le ha sobrecogido](#)

[Capítulo 10 Cuatro días sin ver la corriente](#)

[Capítulo 11 La talla de madera](#)

[Capítulo 12 El asombro preside](#)

[Capítulo 13 Ya se intuye la forma](#)

[Capítulo 13 Ya se intuye la forma](#)

[Capítulo 15 La tormenta de la noche](#)

[Capítulo 16 Tiene miedo](#)

[Capítulo 17 No le mintieron los hombres](#)

[Tercera parte: Zhong](#)

[Capítulo 18 Se detiene en el mismo lugar](#)

[Capítulo 19 En el viaje de ida](#)

[Capítulo 20 Por la mañana](#)

[Capítulo 21 Todo parece igual](#)

[Capítulo 22 El vendedor le mira con ojos líquidos](#)

[Capítulo 23 Ha encontrado el pedazo de madera](#)

[Capítulo 24 Y entonces aparecen ellos](#)

[Capítulo 25 Son tres](#)

[Capítulo 26 El dolor regresa a él](#)

[Cuarta parte: Yi](#)

[Capítulo 27 Ni una sola mañana](#)

[Capítulo 28 La vela del hijo muerto](#)

[Capítulo 29 La vida es extraña](#)

[Capítulo 30 Mientras los músicos](#)

[Corolario](#)

[Indice](#)

[Créditos](#)

Ediciones Siruela

JORDI SIERRA Y FABRA

Una dulce historia de mariposas y
libélulas

Ilustraciones de Pep Montserrat

A Victoria Fernández, compañera de sueños literarios
y caminante de la vida hecha con palabras.

Primera parte:

Xiao

Capítulo 1

DESDE LO ALTO...

Desde lo alto, a un paso de las nubes, el río Amarillo se ve igual que una lengua sinuosa abriendo la tierra, separando las dos orillas o los cañones que lo encajonan.

Desde lo alto, el río Amarillo parece retorcerse en la distancia, como un ser vivo, serpenteando por entre los riscos rojizos y las mesetas que descienden escalonadamente hacia su luminosa senda oscura.

Desde lo alto, el río Amarillo lo es todo, porque en mitad de la tierra yerma y bajo el sol que unas veces es de plomo y otras una bendición, es la enseña de su pasado, la realidad de su presente y la esperanza constante de su futuro.

El río no sólo es agua.

El río no sólo es vida.

El río es tiempo.

Tiempo eterno, desde que el mundo fue concebido y el aliento de los dioses lo configuró para darles esa esperanza.

Desde lo alto, siempre desde lo alto, como cada día, Qin lo contempla por primera vez con otros ojos.

No sabe adónde conduce la corriente. No ha descendido jamás por él para descubrir sus secretos. Ignora que hay cien kilómetros más arriba. Desconoce cómo son las tierras que baña cien kilómetros más abajo. Ni siquiera sabe cómo es el hermoso mar en el que dicen que desemboca.

Un mar.

Un mundo de agua.

¿Existe realmente eso?

Hay tantas leyendas imprecisas que cabalgan desbocadas de labios llenos de fantasía a oídos ansiosos de ensoñaciones.

Pero, al mismo tiempo, si el mundo es tan grande como los sabios aseguran...

Qin viste una camisa gastada, unos pantalones gastados, y se cubre con un sombrero gastado. La camiseta fue de algún color en otro momento. Los pantalones no tuvieron agujeros en otro momento. El sombrero, de paja, fue bonito en otro momento. Lo único nuevo son las sandalias. Nuevas porque apenas si tienen cinco años. Se las legó el viejo Xingwu al morir, y él acababa de comprarlas seis meses antes. Fue un bonito detalle. El viejo Xingwu había muerto solo, como había vivido, y repartió sus posesiones minuciosamente entre los habitantes del pueblo, según su edad y sin hacer distinciones.

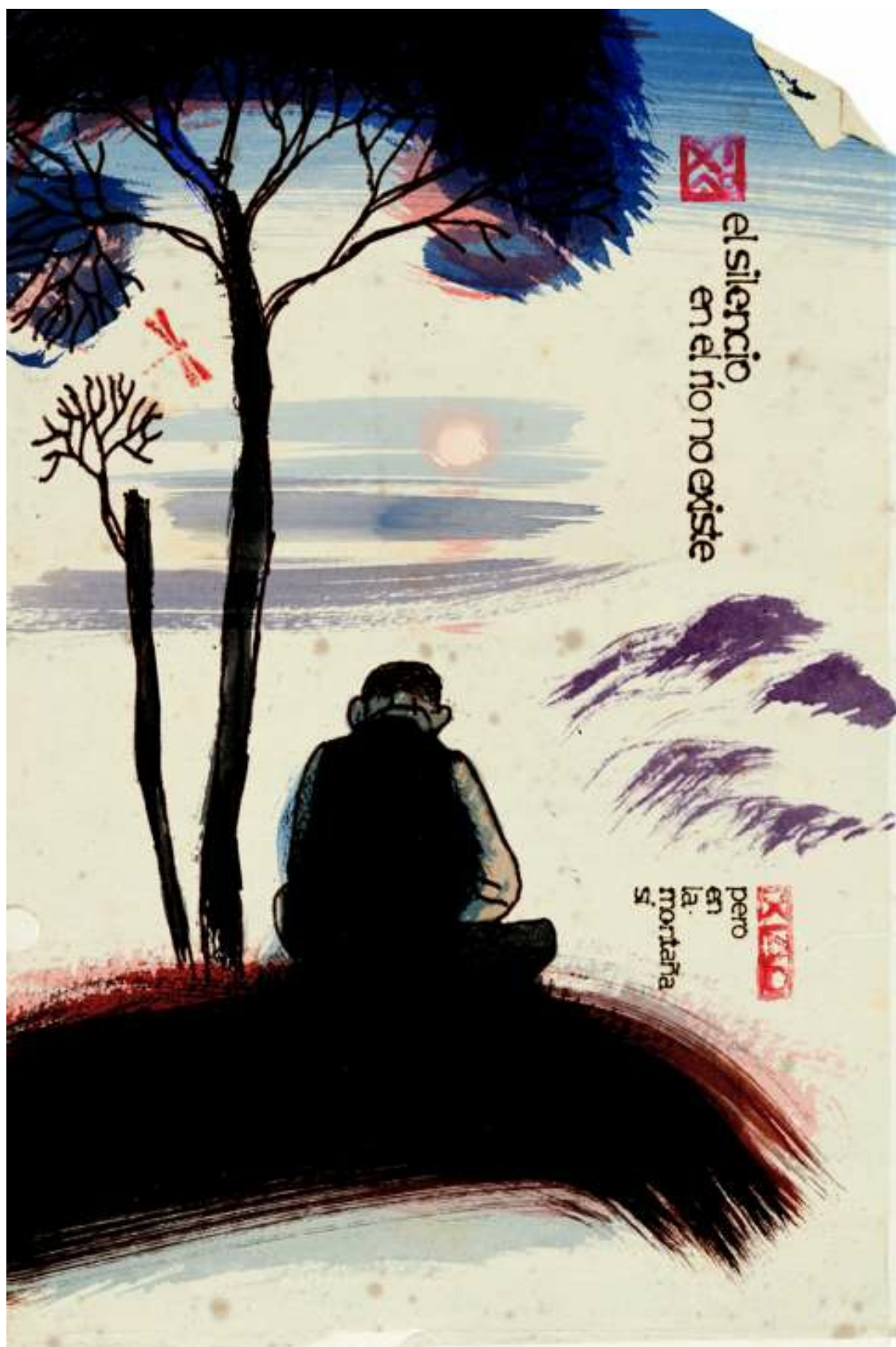
Las sandalias de Xingwu apenas si tienen huellas.

Qin cierra los ojos.

No es el mejor día para evocar, ni el mejor instante para recordar. Pero evoca y recuerda. No puede evitarlo. Será la trascendencia del momento. Será el impacto de la realidad. Poco importa. Evoca los días felices y recuerda las escenas hermosas. En su mente resuenan las risas, las cantarinas risas de la alegría desbordante que hicieron de Zhai el hijo bendito.

El hijo adorado.

¿Por qué Zhai? ¿Por qué?



el silencio,
en el no no existe



pero
en
la
montaña
sí

—¿Por qué? —le pregunta al cielo aunque mantiene los ojos cerrados, inmerso en su negrura interior.

La vida es extraña.

Se mueve siempre en la misma dirección, implacable, sorprendente.

Pero si la vida es extraña y múltiple, la muerte es real y única.

Ella sí conduce a un mundo diferente.

Qin vuelve a abrir los ojos al golpearlo el silencio.

Y se estremece, porque sabe que todo ha terminado.

El silencio en el río no existe, porque el murmullo del agua nunca cesa. Pero en la montaña sí. En la montaña el silencio tiene mil caras y mil significados. Hay un silencio de amanecer luminoso y un silencio de anochecer plácido, hay un silencio de calma en los campos de cuya entraña tratan de extraer alimentos y un silencio de senda hollada por pies descalzos, hay un silencio de mujer callada frente al fogón y un silencio de hombre contemplándola mientras se pregunta quién es o en qué piensa.

Y siempre, siempre, está el peor de todos ellos.

La muerte.

La muerte que ha llegado a su vida para recordarle que nada es tan efímero como la felicidad.

Los pasos, quedos, murmullos de hormiga en el camino, se acercan por su espalda.

Qin no vuelve la cabeza.

Espera.

Sabe que es su hijo mayor. Es su deber. Sabe que es quien tomará las riendas cuando falte y asume ya ahora la responsabilidad del momento. Las manos se crispan. No desea escucharle. Se aboca a un abismo con el pánico de lo irremediable.

Los pasos se detienen.

—¿Padre?

—Sí, Cheng.

–Deberías volver.

–Claro.

No le gusta la palabra. Todavía no la ha asumido. Pero pese a todo la pronuncia, en un primer intento de enfrentarse a la realidad:

–¿Ha muerto en paz?

Su hijo mayor lo tranquiliza.

–Sí, padre.

Su suspiro es interior, no exterior. Suspiro de dolor contenido, de hombre siempre quieto. Estatua de bronce de un templo imaginario, inalterable, porque con cada golpe la vida deja un surco en la piel y un abismo en el alma, y él ya no tiene más piel que ofrecer ni más alma que salvar.

A veces siente que ha vivido mil años.

Cheng le tiende la mano. Se agarra a ella. Un náufrago asiéndose a la tabla que lo salvará de la corriente, por lo menos momentáneamente. Cuando se pone en pie los dos hombres quedan cara a cara y se miran a los ojos. Los del joven rezuman dolor y humedad. Los del padre miedo y tristeza. Dos lados de la misma moneda. Parecen dispuestos a abrazarse pero no lo hacen.

Sólo esa mirada.

Tan penetrante.

Tan cargada de desconciertos.

Después echan a andar, uno al lado del otro, sin rozarse, y por un instante Qin piensa en el día en que su hijo mayor dejó de darle la mano y se puso a caminar solo.

La casa, con las mujeres dolientes alrededor del cuerpo sin vida, espera a lo lejos.

Capítulo 2

EN LA CASA...

En la casa, hecha de adobe, paja y madera, el llanto es sobrecogedor.

Denso.

No hay desgarró en él. La muerte se había anunciado días atrás. El golpe los abrumó entonces. Después entraron en una catarsis colectiva. El adiós de la vida supone la liberación de la persona que se va, sobre todo si estaba enferma y doliente, pero es la condena de los que se quedan cargando con el peso de la ausencia, que es el peor de los pesos imaginados, la más dura pesadilla. Así pues, el llanto no está revestido de gritos, sino de cadencias; no tiene rabia, sino desesperación; no tiene desconcierto, sólo resignación.

El llanto también es como el río Amarillo.

Gong, su esposa, abraza el cuerpo del niño, ya inerte. Un muñeco sin aliento. Absorbe su último calor y lo devora. Besa su carne, mece su cabello, mueve sus manos buscando huecos y recovecos en los que todavía no hayan estado sus dedos. Sus movimientos son nerviosos, sus gestos sincopados. Qin sabe que no olvidará ese rostro transido por el dolor, una máscara forjada por el cincel de la crueldad. Cheng acude a consolar a su esposa Li, que tiene al pequeño Wu en brazos. Shan ya abraza a la suya, Yu, embarazada de siete meses. Así que Qin se queda solo, en el umbral, sin saber qué hacer, porque Gong ya no es más que un ascua abrasada de amor y consumida por lo irremediable.

Li y Yu son todavía muy jóvenes e inexpertas. Fueron buenas compras para sus hijos. Carecen de belleza, innecesaria del todo, pero son fuertes. Su inteligencia es mínima, la precisa para el trabajo y para engendrar hijos, pero no se le puede pedir lluvia al cielo cuando no hay nubes. Li tiene los dientes torcidos y a Yu le falta el ojo derecho, pero cada una tiene dos manos y plena capacidad.

Gong en cambio era muy bonita cuando la compró.

Todo el mundo dijo que era un hombre afortunado.

—Puedes abrir los ojos mientras la tomas, Qin. ¡Abrirlos y contemplarla!

Un regalo para los sentidos.

—¡Zhai!

El suspiro de Gong le reclama. ¿Por qué no puede concentrarse en el momento?
¿Tanto le cuesta asumir el hecho?

Allí, frente a él, en el jergón, yace Zhai, su tesoro, su hijo pequeño, el inesperado, el regalo llegado de la diosa Fortuna. Zhai muerto. Zhai desapareciendo como el río, por el recodo más alejado de las montañas.

No, el río sigue. No desaparece. Sigue.

Deja de verlo, nada más, pero vive hasta llegar a su destino.

Cheng es un buen hijo, pero no es listo. Shan es un buen hijo, pero carece de dones. Zhai en cambio lo tenía todo. Su voz era un canto, su risa un bálsamo, su vida una plenitud.

¿Por qué él?

Quizá habría entregado la vida de Cheng y de Shan por la suya. Quizá.

Gong vuelve la cabeza y le mira.

Tiende su mano a la espera de la suya.

Qin la toma, da un paso, se arrodilla junto al jergón y se enfrenta al rostro sin alma de Zhai. Es el golpe definitivo. Le zumban las sienes, le tiembla el pulso, le duele el pecho como jamás le ha dolido. Piensa en que tal vez su corazón no lo resista. Le sucedió al viejo señor Yimou cuando murió su vaca.

Bueno, aquella vaca era toda su vida.

—Míralo, Qin —susurra su esposa—. Se ha ido.

Lo mira y el grito de su pecho es tan enorme como un trueno.

Nada se mueve en su semblante.

Cheng sigue abrazando a Li, y ésta a Wu. Shan sigue abrazando a Yu, y ésta rodea su abultado vientre con las manos. Pronto llegarán los vecinos a presentar sus respetos, y el pueblo entero, afligido por la pérdida de uno de los suyos.

Un niño.

Doce años para una corta, muy corta vida.

Y justo la edad adecuada para...

—¿Qué será ahora de él? —se pregunta afligida Gong—. ¿Cómo sobrevivirá, solo, en el más allá?

Viven en un pueblo pequeño. Demasiado pequeño.

Tan lejos de todo.

—Qin... —insiste ella.

—No lo sé —admite el cabeza de familia. Y repite—: No lo sé, Gong.

—Estará perdido, sin nadie. ¡Oh, Qin...! ¡Una vida sin matrimonio es una vida incompleta, lo sabes!

Sí, Cheng o Shan hubieran sido mejores candidatos. Ya mayores, casados...

La vida no siempre es justa.

Y menos la muerte.

No atiende a razones, ni a lógicas, ni al bien de la comunidad o de una familia. Porque una sola persona no es nada, siempre forma parte de algo, y ese algo es lo que importa.

El todo.

Será una larga noche, y habrá que tomar decisiones, algo difícil con la mente embotada y los sentidos colapsados. Algo imposible cuando, además, se es pobre.

El dinero compra tanto la vida como la felicidad en la muerte.

Y Qin no lo tiene.

Gong vuelve a llorar y él ya no sabe qué hacer, salvo seguir a su lado, y ser testigo de cómo el calor desaparece del cuerpo de Zhai, para dejar paso a la frialdad con la que el fin se apropia del breve paso de la vida por la tierra.

Capítulo 3

CUANDO COMPRÓ A SU ESPOSA...

Cuando compró a su esposa se gastó todo el dinero que había ahorrado en años y todavía tuvo que pedir prestado. De ahí que pudiera escogerla con mayor cuidado y atención. Le habían hablado de una preciosa muchacha en Liam, por la que su padre pedía mucho más de lo normal. Era digna de un príncipe, decían. Y aunque él no era ni sería jamás un príncipe, consiguió la suma necesaria para parecerlo. Se presentó en la casa y, tras las arduas negociaciones de rigor, el acuerdo quedó fijado y la boda pactada. La primera vez que vio a Gong se sintió la persona más feliz del universo. Los hombres sabios aseguraban que la palabra «amor» era un vicio occidental, parte de lo que estaba forzando la rápida decadencia de ese mundo desconocido. Pero Qin sintió el amor.

Y aún lo siente.

De Liam al pueblo había tres días a pie. Tres días bajo las estrellas. Tres días en los que acabó de perder la razón.

Gong es algo más que su compañera.

En cambio las esposas de Cheng y Shan costaron poco. Dos hijos por casar, y otro más que crecería muy rápido. No había tanto dinero para todos, ni tampoco tantas mujeres donde escoger. En muchos pueblos, ante la creciente escasez de esposas, se estaba poniendo ya en práctica el secuestro de muchachas, tanto por parte de los futuros maridos como por parte de redes dedicadas a ello que servían los «pedidos». Algunos viajaban días y días, para no dejar rastro de su origen, y se llevaban incluso a niñas, porque era mejor tener siempre algunas disponibles que esperar a que las solicitaran. No resulta fácil raptar a una mujer después de la adolescencia. Pelean como demonios.

Asegurar la continuidad no es sencillo.

Asegurar la perdurabilidad del apellido tampoco.

Y se dice que en la capital hay nuevas disposiciones, nuevas leyes. Que se limitará el número de hijos, dos por pareja en las ciudades, tres o cuatro en las zonas rurales. ¡Tan pocos! Si ya se condena a las niñas, siempre las menos deseadas en el orden natural, ¿qué será de ellas con una ley semejante? Los hijos varones son los más anhelados, los primeros. Se necesitan hijos con manos fuertes. Aunque desde siempre la última hija ha sido la encargada de quedarse soltera y cuidar de los ancianos padres hasta su muerte.

El mundo cambia rápido.

Demasiado.

¿Tanta gente hay en la nueva China?

¿Dónde están?

No allí, en los confines de la meseta de Loess, extendida como un manto por las provincias de Shaanxi y Shanxi.

¿Sabrán en la capital que existen?

Qin se aparta del velatorio. Las mujeres rezan y el murmullo de sus voces se hace pesado. Una letanía monocorde que empapa los sentidos hasta dejarlos insensibles. El dolor no cauteriza, pero se adormece, acaba siendo una herida por la que ya no mana sangre, pero sigue abierta. Nadie repara en su huida sombra. Sus pasos son algo más que silenciosos. Lleva una hora, quizá dos, tal vez más, mirando el cadáver de Zhai. Quiere grabar sus rasgos para no olvidarlos nunca, acompañarse de ellos hasta el fin de sus días. Algo difícil, porque en ocasiones los recuerdos, las imágenes, se empeñan en traicionar a la memoria. ¿Cuántas veces ha sido incapaz de evocar los rostros de sus padres? ¿Cuántas veces ha tenido la sensación de haberse olvidado, envolviéndose en una culpa sorda de la que le es imposible escapar?

Si hacerse un retrato no fuese tan caro.

Siempre el dinero.

Se detiene delante de la arqueta con sus pertenencias más valiosas. Teme abrirla porque de todas formas sabe muy bien lo que hay dentro. Sólo quiere estar seguro. Cuando alza la tapa pasea sus ojos cansados por el interior hasta depositarlos en la cajita. Es muy barata, pero muy bonita. Tiene incrustaciones y las piedras brillantes titilan opacas bajo la débil luz que emana de su espalda. La toma con la mano izquierda y levanta la tapa con la derecha.

Las monedas y los billetes arrugados surgen de su interior.

Se burlan de él.

Los ahorros para comprarle una esposa a Zhai.

Insuficientes para una mujer viva.

Y también para una niña muerta.

Qin siente escozor en las pupilas. Aprieta las mandíbulas, y la rabia, apenas intuida, muere con su primer arrebato. No es tan viejo, pero ya sabe que los accesos de ira no sirven para nada. No son más que gritos desesperados de impotencia. De la misma forma en que los bueyes son lentos y la tierra es paciente, los seres humanos son impetuosos y la vida es un cauce inevitable. Quien no camina de acuerdo con ella está condenado a chocar con ella.

Cuenta las monedas.

Cuenta los billetes.

Ni una más, ni uno menos.

—Abuelo...

Qin guarda la cajita de manera rápida. Su primer nieto, Wu, ha llegado hasta él sin que se diera cuenta. Cierra la arqueta y se vuelve para tomarlo en su regazo. Wu fue la bendición. Un niño. Las mujeres del pueblo, en cambio, dicen que el bebé que espera Yu es una niña. Y ellas nunca se equivocan. Ven signos que los jóvenes no perciben. Tal vez Shan se sienta agraviado por su mala suerte y mire a su hermano Cheng con envidia.

—Es un día triste, Wu.

—¿Zhai no juega más?

—No, Zhai no jugará más contigo. Se ha ido.

El pequeño no lo entiende. Y él no sabe cómo explicárselo. No hace demasiado, apenas nada en el transcurso del tiempo, Zhai todavía era como Wu, tan minúsculo que podía tomarlo en sus brazos sin esfuerzo, y enseñarle cosas, sorprenderle.

Ahora que todo ha pasado tan rápido se da cuenta de lo efímera que es la felicidad terrena.

No quiere estar solo con su nieto.

No quiere responder a preguntas que no tienen respuesta.

–Vamos con las mujeres –se incorpora.

–Lloran. Tristes.

–Sí, lloran y están tristes, pero nosotros debemos ser fuertes, por Zhai, ¿de acuerdo?

–¿Por qué?

Otra pregunta difícil.

–Zhai lo querría así.

–¿Cómo lo sabes?

–Me lo dijo antes de irse.

Wu considera la respuesta. Es evidente que no le satisface, pero le basta con asomarse al abismo insondable formado por la gravedad del rostro de su abuelo para callar. Han vuelto al velatorio. Li se incorpora para tomar a su hijo y apartarlo de él. Sus nueras le respetan. Nunca les ha pegado. Y aun así le respetan.

Sí, son buenas mujeres.

Nunca fueron ni serán como Gong, pero son buenas mujeres.

A fin de cuentas, Cheng y Shan también han tenido suerte con ellas.

Toda la que ahora, él, deberá procurarle a Zhai en el más allá.

Es su deber para con su hijo.

Capítulo 4

AL AMANECER...

Al amanecer, Qin reclama la presencia de sus dos hijos fuera de la humilde casa y de cuantos en el pueblo entran y salen de ella llevándoles sus pésames. Una vez juntos los tres, se apartan un poco más para que nadie les oiga. La bruma hace que sus cuerpos tengan halos fantasmales. Son tres retazos intuidos entre la blancura que pronto se alzarán hasta dispersarse. Como la niebla está a ras de suelo, desde la distancia es como si flotaran.

Ingrávidos.

La voz del hombre es una cuña afilada en el corazón de sus hijos.

—¿Cuánto dinero podemos reunir?

Cheng y Shan intercambian una mirada resignada.

A los dos hermanos no les sorprende, pero sí les conmueve. A fin de cuentas el *minghun*, el matrimonio en el más allá, forma parte de sus más profundas raíces y convicciones.

Y algo tan ancestral no se pone en duda ni se cuestiona.

Aunque haya quien diga que es cosa del pasado.

—¿Estás decidido a ir a buscar una novia para él? —interviene Shan, sólo para dejarlo claro.

—Sí.

Los dos jóvenes asienten con la cabeza.

Ninguno discute la decisión. No son más que sus hijos.

No le respetarían si se pronunciaran en contra.

–¿De cuánto dinero disponéis? –vuelve a preguntar Qin.

–Poco, padre –toma la palabra el mayor.

–¿Cuánto?

–Apenas unos yuanes, lo sabes. Todo lo nuestro es tuyo. No guardamos nada para nosotros –afirma Shan.

–¿Y los ahorros que reunías para comprarle una esposa a Zhai? –pregunta Cheng.

–Menos de mil yuanes –Qin deja caer la cabeza sobre el pecho–. Novecientos setenta y dos.

–No es suficiente –se rinde Shan.

–Necesitamos mucho más –se aflige Cheng.

–Lo sé –el hombre cierra los puños. Es su único gesto de rabia, o más bien de impotencia.

–Padre, hay algo más aparte del dinero: nadie ha oído hablar de ninguna niña muerta en kilómetros a la redonda.

–¿Y qué?

–¿Dónde encontrarás una?

–Donde sea.

–¿Y si es lejos?

–Iré lejos.

–Te acompañaremos.

–No, Cheng –es categórico–. Tú has de cuidar la casa en mi ausencia –mira a Shan–. Y tú tienes otro deber mayor: tu esposa y el bebé que esperáis, porque yo no sé lo que pueda tardar en regresar.

–Los caminos son peligrosos, no puedes ir solo –insiste Cheng.

–Tal vez tengas que caminar muchos días –objeta Shan.

–Eso no importa –les responde a los dos–. No dejaré que Zhai vague solo por el más allá.

–El último *minghun* se hizo hace ya unos años –se inquieta su hijo mayor.

–Y la ley...

—No hay ley que nos impida respetar las tradiciones, Shan —detiene el intento de su segundo hijo—. Nadie vendrá hasta aquí para imponernos nuevas costumbres, ni para dictar leyes que traicionen las viejas. Además, nadie debe decirnos lo que hemos de hacer —su voz se mantiene firme, inquebrantable, al continuar—: No tenemos carreteras, no tenemos nada, vivimos aislados; para los hombres de la capital de la provincia, no ya de Pekín, estamos tan lejos como la Tierra de nuestra Luna. El *minghun* da paz a los muertos que dejaron este mundo prematuramente. ¿Quieres que tu hermano esté solo allí, en la oscuridad?

—No.

—Entonces déjame cumplir con mi deber.

—¿A riesgo de tu propia vida?

—Sí.

—Padre, no es sólo eso, es que con apenas mil yuanes es una locura intentar... —trata de recordarle Cheng.

—¿Acaso os enseñé a rendiros?

—No, pero en este caso no se trata de rendición, sino de una realidad.

—Hablaré con el Consejo del pueblo.

—No...

—Hablaré con el Consejo del pueblo —corta su conato de protesta.

Cheng y Shan saben que está decidido.

No hay más que hablar.

Y han de guardar silencio, de nuevo por respeto, porque el cabeza de familia es quien decide el qué, el cómo y el cuándo de todas las cosas, sin necesidad de justificar un por qué. Silencio que además es veneración ante lo que se supone que va a ser la gesta más importante de todas cuantas hayan tenido lugar hasta ahora en el seno de su casa.

Cheng y Shan toman nota.

Un día también serán mayores.

—Vamos a hablar con vuestra madre —dice Qin iniciando el camino de regreso a la casa.

Capítulo 5

LA REUNIÓN DEL CONSEJO...

La reunión del Consejo tiene lugar por la tarde, cuando ya la noticia se ha extendido. Los hombres del pueblo, tanto los precarios notables con algún cargo como los ancianos, se congregan en la explanada del teatrillo de marionetas, su única distracción, aunque ya hace casi cinco años que las compañías de marionetas han olvidado el camino que conduce hasta ellos. Ninguno de los presentes tiene que recordar que existe un código secreto que les ata y les une. El *minghun* es el *minghun* y es todo lo que se necesita saber.

Ha muerto uno de los suyos.

Cualquiera conoce el motivo de la asamblea.

—¡Callad! —ordena la voz del viejo Tai para poner fin a la suave espiral de voces que los sobrevuela.

Y callan.

—Wushiang Qin ha perdido a su hijo menor, Zhai, y nuestra comunidad está de luto —inicia el parlamento el anciano—. Hemos ido a presentarle nuestros respetos, y hemos participado de su dolor. Ahora nuestro vecino tiene algo más que decirnos y vamos a escucharle.

Todos miran al hombre que va a hablar.

Qin es menudo. Todos lo son, pero él más. Apenas si llega al metro con sesenta centímetros de estatura, rostro enteco, escaso cabello en la cabeza, ojos diminutos tras los sesgos diagonales de su cara, nariz afilada y mandíbula redonda. Lo que más llama la atención son sus orejas, abiertas, salidas, alas de una mariposa que jamás echará a volar. Es la primera vez que toma la palabra ante el Consejo. La primera, y ojalá sea la última, aunque eso no puede saberlo. Jamás ha tenido nada que decir. Nunca han sido necesarias sus ideas o sus

aportaciones por el bien de la comunidad. Vive en un extremo alejado del pueblo, casi en la esquina del risco que desciende en dirección a la primera de las terrazas que se perfilan a modo de grandes escalones de tierra labrada hacia el río Amarillo.

Sentirse contemplado por los ojos de la comunidad le abruma.

–No hace falta que os recuerde por qué estamos aquí –pronuncia sus primeras palabras.

–Si quieres celebrar un *minghun*, eres libre, Qin –resuena una voz–. ¿Desde cuándo necesitamos la aprobación del pueblo para cumplir con nuestros ritos?

–He de buscar una niña que haya fallecido –les recuerda él.

Un gesto de asentimiento.

–Y nadie me la venderá por menos de dos mil yuanes.

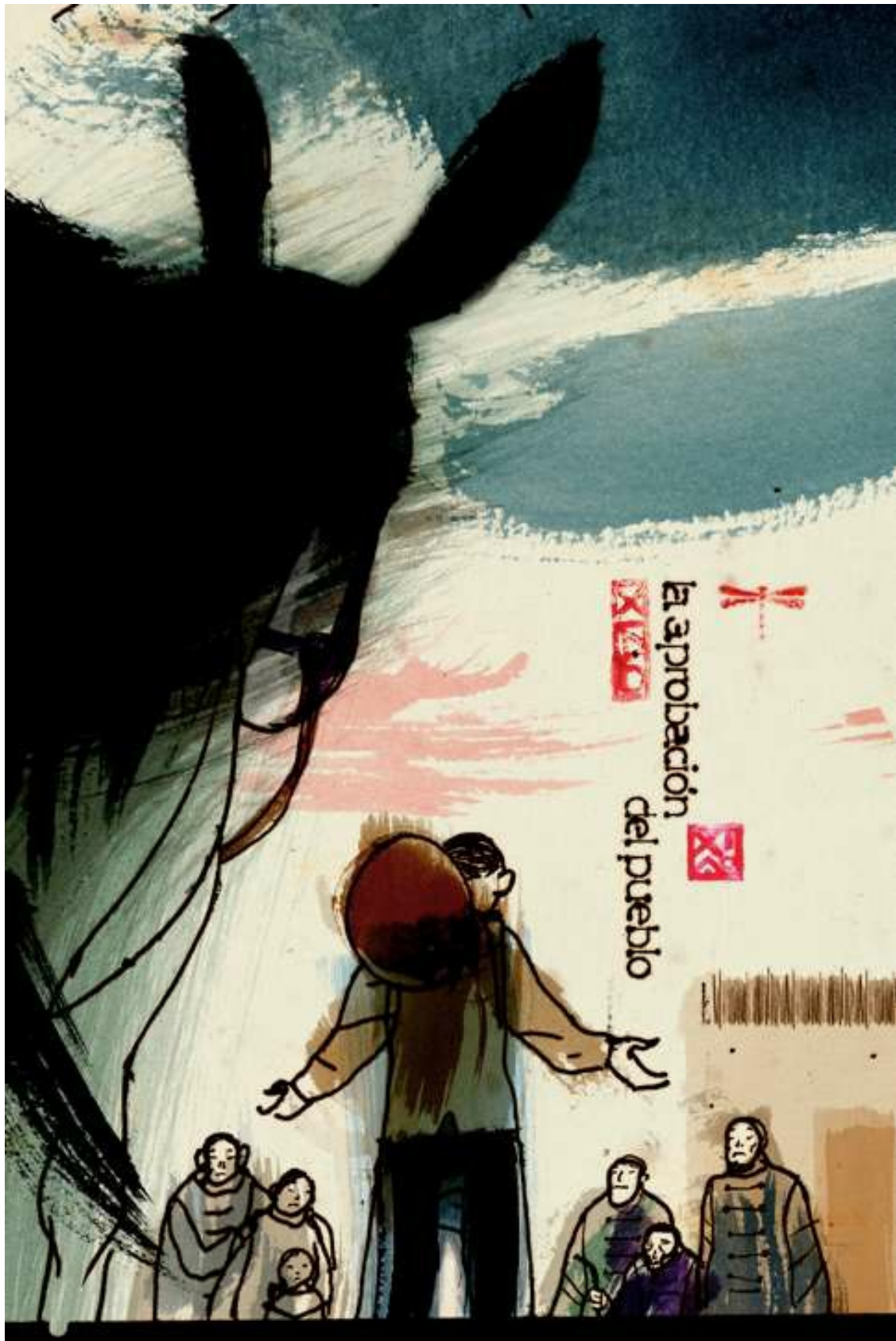
–Puedes conseguirla por mil ochocientos –dice una segunda voz.

–Según las circunstancias, la edad... incluso por mil setecientos.

–No tengo dos mil, ni mil ochocientos, ni mil setecientos yuanes –suspira Qin acercándose al punto neurálgico de la reunión.

–¿Cuánto dinero tienes? –el que habla es ahora el viejo Tai.

–Apenas mil yuanes.



El murmullo se alza igual que una espiral que engloba todas sus cabezas.

Apenas mil yuanes.

–¿Puedes conseguir el resto? –pregunta Tai.

–Quizá cincuenta, cien más si vendo algo que pueda interesaros.

–¿Qué podría interesarnos? –inquieta su vecino más cercano.

–¿Escondes algo en tu casa que no sepamos? –se muestra interesado aunque incrédulo el único hombre que tiene allí un poco más que el resto: dos vacas.

–Tu asno es un buen animal –valora Chihan.

–Pero lo necesito para ir y volver con el cuerpo de la niña para mi hijo.

–Puedes entregármelo a tu regreso.

–¿Cuánto estarías dispuesto a pagar?

Chihan tiene los ojos de la comunidad puestos en él. Si se aprovecha de la necesidad de Qin, quedará sentenciado. Si es generoso se valorará. Pero todos conocen el precio de un asno.

–Doscientos yuanes.

Mira al resto con orgullo por haber subido el precio hasta redondear la cifra.

Qin necesita el asno.

Sin él deberán trabajar mucho más.

–¿Doscientos veinticinco?

La comunidad vuelve a mirar a Chihan.

–No ha sido un buen año, pero te daré doscientos diez. Y sabes que es más, mucho más de lo que vale tu asno.

No puede aprovecharse de sus amigos y vecinos. Todavía queda lo peor.

–Doscientos diez –acepta Qin.

–Que conste –anuncia el viejo Tai–. Wushiang Qin ha vendido su asno a Chenyuan Chihan por la suma de doscientos diez yuanes, efectivos ahora. El animal será entregado después de que regrese de la compra de la novia del joven Zhai.

Los dos hombres se inclinan el uno ante el otro en presencia de los demás, sellando así la transacción.

–Aun así, sólo tienes mil doscientos diez yuanes, Qin –valora otra de las voces de la comunidad.

–El motivo de haberos reunido aquí es pedir vuestra ayuda.

Contiene la respiración.

Son malos tiempos para todos.

Hay que sudar y ganar cada yuan.

–¿Una colecta? –quiere dejarlo claro Tai.

Qin asiente con la cabeza. Tiene la garganta inesperadamente seca.

Ahora nadie abre la boca.

–Lo que podáis, no importa que sean dos o tres yuanes –logra vencer la sequedad–. Todo cuenta.

De nuevo el silencio.

–Quisiera recordaros algo –quiebra el largo compás de espera de varios segundos el hombre que lleva la voz cantante–. En primer lugar, somos una comunidad. En segundo lugar, con que cada habitante del pueblo aportara sólo un yuan, reuniríamos más de trescientos yuanes. Y no hace falta que os diga que después de la gran tormenta de hace dos años, Qin fue uno de los que más ayudó, día y noche.

–Es un buen vecino, sí –dice alguien.

–Todos lo somos –se agita otro.

–¿Hacia dónde piensas ir? –se interesa el anciano.

Qin se alegra de cambiar el sesgo de la conversación.

–Seguiré el río.

–¿Hacia abajo?

–Hacia arriba.

–¿Por qué hacia arriba?

–Para estar mucho más lejos de la ley que prohíbe el *minghun*.

–¿Crees que tu asno, que ya has vendido a Chihan, podrá realizar un viaje tan largo contigo y con el cadáver de la niña, por poco que pese?

–Yo caminaré.

–Puede que debas cubrir una gran distancia, Qin –frunce el ceño Chihan, quizá viendo peligrar el asno que acaba de comprar.

–Es mi hijo –se aferra a su corazón, a su voluntad, al único motor que le queda para seguir caminando o respirando–. Sabéis que su vida futura en el más allá depende de lo que yo haga aquí y ahora –los barre a todos con la mirada–. ¿Debo recordaros que es nuestro deber procurar la felicidad de los que se van? ¿De qué forma nos mirarían nuestros antepasados si lo olvidáramos? ¿Qué pensarían de nosotros? ¿Qué nos dirían al reunirnos con ellos? Cualquiera de vosotros haría lo mismo por un hijo. ¿Cómo podría levantarme cada día de mi vida sabiendo que Zhai está solo allí?

Habla con vehemencia. No es necesario recordárselo pero sí lo ha hecho.

Ya sólo queda esperar a la colecta.

Quizá baste. Quizá no.

Sea como sea, aunque sólo lleve un simple yuan en las manos, irá a por esa niña muerta en alguna parte.

Los más pequeños siempre son los más frágiles.

Capítulo 6

LOS QUINIENTOS VEINTISIETE...

Los quinientos veintisiete yuanes son la porción de esperanza arrojada sobre la manta que cubre el suelo frente al hogar. Las llamas que acarician la olla sujeta entre los hierros laterales arrancan formas centelleantes de las sucias monedas. Los dos miran el tesoro con el corazón constreñido.

Son muchos yuanes, producto de la solidaridad del pueblo.

Son pocos para su objetivo.

Aunque tal vez un padre magnánimo se avenga a vender a su hija muerta por menos de lo normal.

Así compartirá también el más allá con un marido.

¿Para qué querría un padre enterrar a una hija, sin más, teniendo la posibilidad de procurarse un poco de vida para los vivos?

—¿Cuánto tenemos en total? —pregunta Gong.

—Sumándolo todo, mil seiscientos cincuenta y dos yuanes —responde Qin.

—Mil seiscientos cincuenta y dos —repite ella.

Su marido no sabe si lo dice con expectación o con pesar.

Las mujeres aprenden rápido a ocultar algunas de sus emociones.

Qin la mira de reojo.

—Será suficiente, ya lo verás —la alienta.

—Quizá para una anciana desdentada, pero no para una niña sana.

—Si está muerta no puede estar sana.

–Tú sabes a qué me refiero.

No quiere discutir, aunque en ocasiones una buena discusión sirve para expulsar los demonios del cuerpo. Con el cadáver de Zhai al otro lado de la cortina, velado ahora por sus dos hijos y sus esposas, se sienten una y otra vez sin fuerzas. Es una marea que va y viene, les somete y les aplasta tanto como les obliga a seguir. Unas veces están en lo alto de la ola y otras en lo más bajo.

El río Amarillo también tiene rápidos, meandros, cascadas, lagos, aguas calmadas y aguas vertiginosas.

–Traeré a una niña muy bonita, ya lo verás.

–Eres un iluso.

–Zhai era un buen chico. Lo merece.

–Zhai merecía vivir.

–Vivirá feliz en el más allá con su joven esposa.

Es testarudo. Su voluntad es inversamente proporcional a su tamaño. Gong conoce esa mirada pequeña pero intensa, y esas manos que recorren su cuerpo todavía ahora, después de tantos años, deseándola, buscándola en las noches de soledad; y conoce las palabras que su esposo no pronuncia porque no es necesario escucharlas, sólo sentirlas.

–Tengo miedo –reconoce.

–Confía en mí. Soy el hombre que te consiguió, no lo olvides. Si me empeñé en comprarte y lo logré, ¿por qué no he de poder ahora?

–Tuviste suerte.

–La suerte es de los que van a por ella.

–Mi valiente Qin –suspira pesarosa.

–¿Cuándo te he defraudado?

No es hora de enumerar pecados ni de ensalzar virtudes. Gong vuelve a mirar los quinientos veintisiete yuanes producto de la colecta del pueblo más la venta de su asno.

–Qin.

–¿Sí?

–Me alegro de que me compraras tú.

Nunca se lo había dicho. A veces lo intuye, lo siente, lo sabe, pero es la primera vez que ella se lo dice con palabras.

–¿Entonces no te arrepientes?

–No.

–Bien –quiere abrazarla.

Se contiene.

–Me siento orgullosa de ti.

–Gracias.

–Pero esto es distinto. Si mueres en el camino..., ¿qué haremos?

–Tienes a Cheng y a Shan. Pero no voy a morir.

–¿Cómo lo sabes?

–Lo sé. Volveré con ella. Y volveré a ti. Confía en mí.

Es la segunda vez que se lo pide en menos de un minuto.

Confiar en él.

Han pasado veinticinco años desde que la compró, y ya no es joven.

–¿Cuándo partirás?

–Mañana, al amanecer. Esta noche embalsamaremos el cuerpo de Zhai.

Hay que enterrarlos juntos. Casarlos antes. Han de iniciar su nueva vida en común uno al lado del otro.

Gong recoge los quinientos veintisiete yuanes. Qin abre la cajita donde guarda el resto, sus novecientos setenta y dos más los ciento cincuenta y tres que han reunido Cheng y Shan además de sus mujeres, a las que ha habido que registrar para vaciarles los bolsillos presuntamente vacíos. El producto de la colecta del pueblo pasa a engrosar su capital.

Qin cierra la cajita y mira las llamas que lamen la panza de la olla.

–No tenías que haber vendido el asno –le reprocha inesperadamente Gong.

–Mujer...

Su esposa no agrega nada más. Le da la espalda y sale para volver junto a su hijo muerto.

Después de todo, ¿cuánto hacía que no le decía algo tan agradable como lo que le

ha dicho hace unos instantes?

Capítulo 7

AL INICIAR EL CAMINO...

Al iniciar el camino, Qin busca entereza donde sólo hay inquietud.

Porque es la hora de la verdad.

Y dar el primer paso cuesta siempre tanto...

Se ha abrazado a Cheng, se ha abrazado a Shan, ha estrechado muy fuerte contra su pecho a Wu, y ha dado un beso a sus nueras, Li y Yu. Nunca se ha separado de Gong, es la primera vez, y se le antoja un abismo casi insalvable.

Estará solo.

Pero más lo estará Zhai, por toda la eternidad, si no regresa con su futura esposa.

—Te quiero —se atreve a confesarle.

Eso también es la primera vez que se lo dice.

Gong parpadea. Una lucecita húmeda asoma en sus ojos. Se contiene.

Siempre la contención.

Los sentimientos son para los ricos.

Qin sube a su asno y le hunde los tacones en los flancos. El animal responde. Sale disparado hacia delante con su paso vivo y nervioso. Es fuerte y no demasiado viejo. El hatillo va sujeto detrás con dos correas. La manta que cubre su lomo es la de su cama. En la mano derecha sostiene una vara flexible. A los cinco metros el jinete vuelve la cabeza.

Y a los diez.

Después de los veinte ya no, porque con cada mirada le duelen más los párpados y las sienes. Esta mañana no hay niebla, el día es especialmente luminoso. Un

regalo. Su familia va quedando atrás, recortada en la distancia. Hay otras familias que le despiden pero no las ve. Busca los ojos de Gong, los labios de Gong, las manos de Gong, el aliento de Gong, la bendición que ha supuesto para él tenerla todos esos años a su lado.

Ahora lo sabe.

No la compró. La mereció.

Si alguien pudiera ver sus pensamientos...

¿En qué lo ha convertido la muerte de Zhai?

Qin mira al frente.

Desde la suya, hay muy pocas casas en el pueblo en dirección norte, río arriba. Algunos niños corren junto al asno, ríen y le animan. Todos saben que va decidido, firme, con una misión que cumplir. Todos conocen su destino. Por lo que se rumorea, se hacen incluso apuestas acerca de si lo logrará o no, si regresará o dejará la vida en la aventura. De haber sido otro, él habría hecho lo mismo. No hay muchas emociones por allí.

Sólo ver el río, y contar el paso de las estaciones, los días, calcular las cosechas, esperar.

Su vida es una continua espera.

Tiempo.

La vieja señora Xhu aparece de forma inesperada en lo alto de la colina, junto al único árbol que se perfila en su horizonte. Es una mujer con muchos años y pocos dientes. Aun así se mueve con agilidad, y trabaja en los campos con sus hijas. Su presencia alerta a su asno. Casi ha de frenarlo porque la señora Xhu lo intercepta con decisión.

—¡So, Veloz!

Lllamarlo Veloz fue un eufemismo.

Pero le gusta.

Y a él también, le consta, porque cada vez que dice su nombre el animal agita la cabeza con un deje de orgullo.

—Qin...

La anciana le tiende un paquete. No es muy grande. Cabe en él un puño cerrado. Lo ha anudado con un cordel hecho a base de restos de otros cordeles y nudos. El

jinete no entiende nada hasta que ella habla con su voz, porque la súplica de sus ojos ya ha ido por delante.

–Qin, vas al norte, río arriba...

–Sí, señora Xhu.

–Mi familia vive en Giansei. Hace mucho que no les veo, ni sé de ellos. ¿Podrías darles esto? Pregunta por los Waosan. ¿Podrías, Qin?

Su hijo le dio cinco yuanes en la colecta. Fue generoso. No puede negarse, aunque lleva lo justo y algo como aquello le desequilibra el conjunto. Sonríe amable y toma el paquete de sus manos. Luego lo coloca entre las piernas.

–Cuando me detenga lo uniré a mis cosas y lo ataré, señora Xhu.

–Gracias, Qin. ¡Gracias!

–No hay de qué, Señora Xhu.

–¡Diles que estoy bien!

–Le traeré noticias de ellos –espoleó de nuevo a Veloz.

–¡Que el cielo te bendiga, Qin! ¡Regresa con una bonita novia para tu hijo!

Una bonita novia.

Muchas niñas mueren ahogadas en el río, año tras año, pero saber dónde...

Y que sean bonitas...

Ha visto cadáveres de personas ahogadas, hinchados, cárdenos, irreconocibles.

Una bonita novia.

Llega a lo alto de la colina. Al otro lado el camino inicia el descenso hasta la orilla del río. Subirá y bajará cien, mil veces. Así es el río, y así sus montañas, y así sus sendas, lejos de la llamada civilización.

Qin vuelve la cabeza por última vez.

El pueblo se ha convertido en un retazo perdido en la distancia.

Una imagen quieta, solitaria.

–Ya, Veloz, ya.

Unos pocos pasos más y está solo.

Asustado.

Luego mira al frente y funde su vida, su futuro inmediato, con ese camino del que no se apartará hasta que dé media vuelta y regrese a casa con ella.

Una novia.

Que sea bonita es lo de menos.

Segunda parte:

Ren

Capítulo 8

EL FRÍO DE LA PRIMERA OSCURIDAD...

El frío de la primera oscuridad le sobrecoge y apenas hay matorrales para la hoguera. Ningún árbol, ninguna rama que ver crepitar bajo una llama dorada. La zona está seca, la tierra yerma, las plantas sobreviven azotadas por un viento súbitamente helado. Tiene que obligar a Veloz a tumbarse para apretujarse contra él y sentir calor. El animal también está asustado. Jamás ha ido tan lejos. Sus ojos parecen descubrir un nuevo mundo. Qin acusa el peso de la soledad y el del dolor, la soledad que aparece igual que una compañera no deseada y el del dolor invisible que le oprime el pecho como si llevara una losa sobre él. Pero allá, en el pueblo, Zhai está aún más frío, y eso es lo que le ayuda a enfrentarse a su reencarnación.

Sí, se está reencarnando.

Es un hombre nuevo, porque el viejo habría sido incapaz de tanto.

Y esto es sólo el comienzo.

La cena es frugal, un poco de arroz. Prefiere pasar hambre porque ignora lo que va a encontrarse más adelante, cuando se adentre en lo desconocido, río arriba. Lo único que sabe es lo que ha oído contar, que allí las montañas son altas y el río Amarillo las corta igual que un cuchillo, que el frío es más duro, que las tormentas son más duras, que la tierra es más pobre y que las gentes son más severas.

La noche es larga, incómoda, un duermevela sazonado por ruidos extraños y pesadillas hirientes, sin ningún sentido pero de regusto amargo. En cada despertar tiene la sensación de haber peleado con un ejército de hormigas. Veloz tampoco ayuda, se agita, tiene sobresaltos en su respiración. Cubierto con la manta de pies a cabeza también le teme a los insectos de la montaña. No es su

invitado, es un intruso. Cuando despierta al amanecer, siente las heridas invisibles en su carne, los músculos entumecidos, sopor, dolor de cabeza. Se mueve aterido, dando golpes con los pies en el suelo para reactivar la circulación, reorganiza su hatillo para atarlo a la grupa del asno. Reemprende el camino calculando si llegará al primer pueblo, Giansei, en los tres días establecidos.

Tres días.

Y luego quizá tres más, o tres semanas.

Cada golpe de desánimo le aplasta como si cargara con un enorme peso sobre sus espaldas.

–Haz algo –se dice.

Y se responde a sí mismo:

–¿Qué?

Pensar en Zhai.

Si no extrae su fuerza del recuerdo, ¿de dónde lo hará?

Una sucesión de imágenes desfila de pronto por su cabeza. Zhai a lo largo de su corta existencia. Zhai recién nacido, en sus primeros pasos, en sus primeras historias, en sus primeras palabras, en sus primeras aventuras. Nunca se han aburrido con él. Les hizo reír. Y mucho. Tan distinto de Cheng y de Shan, tan vivo y despierto, tan ocurrente siempre, con sus cientos, miles de preguntas, la mayoría de las cuales él no supo ni contestar.

–¡Ah, el día de la serpiente!

Veloz mueve las orejas como si le escuchara.

Lo dejaron bajo una sombrilla, en la linde del campo en el que trabajaban. Todos levantaban la cabeza alternativamente para vigilarlo. Zhai acababa de cumplir ocho meses. De repente Shan llamó su atención.

–¡Padre!

Allí estaba Zhai, a cuatro patas, mirando fijamente a una serpiente que, a su vez, le miraba a él. Los dos estaban muy quietos. Los dos mostraban toda la atención y la sorpresa que la presencia ajena les producía.

Nunca llegarían a tiempo para evitar lo que parecía que iba a suceder.

–¡Corre, Shan! –le pidió a su segundo hijo.

Pero Shan estaba tan paralizado como su hermano y el reptil.

La escena debió de prolongarse por espacio de diez segundos, no más, no menos. Una eternidad para todos.

Hasta que la serpiente se retiró.

Vencida.

Lo único que hizo entonces Zhai fue el ademán de querer cogerla.

Llegaron hasta él, le abrazaron, le besaron. Estaba muy tranquilo. Ni siquiera sabía que había ganado la partida.

Los ojos de Zhai eran intensos.

El día de su muerte, al depositarlos en ellos consciente por última vez, les sonrió y les dijo que no se preocuparan, que volvería.

Volver.

—¿Sabes, Veloz? Es muy capaz de hacerlo.

Escuchar su propia voz le tranquiliza un poco, le da la suficiente serenidad como para no sentirse tan ínfimo. Así que se pasa el resto del día hablando. Hablando y recordando a Zhai, momentos, detalles.

La segunda noche, junto al río, ya no siente frío.

Capítulo 9

EL RÍO SIEMPRE LE HA SOBRECOGIDO...

El río siempre le ha sobrecogido.

No es sólo por su extensión, por su misterio, por la profundidad de sus aguas insondables. Es mucho más. Es por el hecho de saber que estaba ya allí cientos, miles de años antes, y que seguirá cientos, miles de años después de que ellos se hayan ido. Y es por el hecho de nacer en un lugar distante, inimaginable, a cuatro mil quinientos metros de altura, de una pequeña fuente, y por viajar tantos kilómetros, casi cinco mil quinientos, creciendo sin parar hasta su desembocadura, en otro lugar inimaginable. Su viejo maestro le contó que la civilización china nació junto al río y que, por lo tanto, ellos son descendientes de los primeros habitantes de la nación. Y le contó que su característico color amarillo era debido a que la turbulencia de sus aguas arrastraba loes, partículas de arena muy finas, entre las cuales predomina un mineral llamado cuarzo, que era la clave de eso. También le habló de por qué sus aguas subían de nivel durante la primavera, a causa de los deshielos, y por qué en verano las lluvias sobre sus cuencas y especialmente las montañas de los bordes, y la elevación del cauce debido a los sedimentos arrastrados, originaban tantos desastres naturales a lo largo del país.

Vida y muerte.

Sobre todo vida.

Si el río es la vida es que está vivo. Nadie puede dar tanto sin sentir ese aliento en su corazón.

Un corazón líquido.

Al anochecer del tercer día se alegra de ver recortadas como figuritas en lo alto de una loma las primeras casas de Giansei.

Y al entrar en el pueblo, son las primeras luces de velas o queroseno las que lo saludan.

—¿La familia Waosan?

El hombre lo contempla, no con recelo, sólo con la natural curiosidad. Giansei no es más grande que su pueblo. Como mucho las casas parecen más dispersas porque no compiten por el espacio en lo alto de la montaña sino que se reparten tierras próximas al río. Allí también se conocen todos.

Dicen que hay lugares en los que los vecinos no se conocen.

Grandes ciudades.

Lugares en los que nadie sabe lo que sucede detrás de las ventanas de los demás.

—Por allí —le indica el hombre—. Hay un grupo de casas frente a unos corrales. La de los Waosan es una de ellas. Tiene la puerta rota.

—Gracias.

Sigue su camino. Los pasos cortos y nerviosos de Veloz se aceleran, intuyendo que es el final de la jornada y que merecerá un descanso. Reconoce la casa de la puerta rota en el centro del grupo señalado por su informador. Son construcciones tan modestas como la suya. Casas o cabañas, el nombre es lo de menos. Paja, adobe, pocos ladrillos, lo necesario para proporcionar un techo. Desciende de Veloz y toma el paquetito entregado por la señora Xhu. Con él en las manos se acerca a la entrada y golpea con los nudillos en la madera. La primera persona que aparece en el quicio es una mujer que se seca las manos en un delantal. La segunda, una niña de cinco o seis años de edad. Después, en tropel, otras nueve personas, de todas las edades, incluido un anciano octo o nonagenario.

—Me llamo Qin —se inclina cortésmente mientras muestra el presente que ha viajado con él durante tres días—. Vivo en Xiantseyan y estoy de camino al norte. Una vecina mía, la señora Xhu, me pidió que os entregara esto al pasar por aquí.

El nombre obra el milagro.

La señora Xhu.

El anciano es su padre. El resto, hermanos, hermanas...

—Pasa, ipasa! Sé bienvenido.

Las preguntas lo asolan. Las responde todas, una a una, con una tacita de té caliente en las manos. Los Waosan son buena gente. El mundo está lleno de

buenas gentes. Son otros los que hacen las guerras, roban, matan o llevan la violencia de sus corazones como una bandera. Otros, aunque a veces estén muy cerca.

El presente de la señora Xhu es un precioso pañuelo hecho a mano.

No sólo responde preguntas. También ha de memorizar cuanto le digan, desde sus nombres hasta los detalles de su vida, para que pueda desgranárselos a su regreso a ella. Y su memoria nunca ha sido buena para esas cosas, nombres o caras. Lo intenta despacio.

Ellos comparten su arroz con él.

Y él...

—¿Para qué vas al norte, amigo Qin?

—Necesito celebrar un *minghun* —les revela.

En las miradas se mezclan el dolor y la sorpresa. Dolor porque saben que un hijo ha muerto, sorpresa porque el viaje es una incertidumbre y su visitante se encuentra ya muy lejos de su casa.

—¿Es tu hijo?

—Sí.

—¿Qué edad tenía?

—Doce.

—Doce —repite la que habla.

La edad mínima y adecuada para una esposa en caso de muerte.

—El más allá es demasiado oscuro para un niño de doce años —afirma uno de los hombres.

—Sí, necesitará una buena mujer a su lado —considera otro.

Todos asienten, hasta los más pequeños.

Y el silencio se apodera de ellos por primera vez.

Hasta que Qin lo rompe con la pregunta que más ansía formular:

—No sabréis de ninguna niña muerta, ¿verdad?

—No.

—¿Y enferma?

Los enfermos allí suelen morir más que sanar.

–No, lo sentimos.

La dueña de la casa, la mujer que le ha abierto la puerta, la esposa del hombre que menos habla, se acerca a él con la ternura impresa en sus ojos y la caricia en la voz.

–Puedes quedarte a dormir en el pajar. Estarás mejor que a la intemperie.

–No quiero molestar...

–Nos has traído un regalo muy hermoso: nos has dado noticias de nuestra hija y hermana. Y has viajado con este presente –señala el pañuelo–. Somos nosotros los que te estamos agradecidos y ofrecerte nuestra hospitalidad es lo menos que mereces.



Ha de aceptar, tanto por cortesía como por necesidad. Una noche con un techo sobre su cabeza es una noche menos de inseguridad a la intemperie. Quién sabe lo que le espera más adelante. No lleva regalos para más familias. En el fondo la señora Xhu le ha hecho un gran favor.

Le conducen al pajar. Veloz ya está dentro. Le dejan en un rincón protegido y extiende la manta sobre una buena cantidad de paja que le servirá para su mejor acomodo. Cuando se tumba sobre ella e intenta dormir no lo consigue. Es extraño. Está cansado pero los ojos no se le cierran. Tal vez sea la evocación que de su propia casa ha hecho mientras cenaba con los Waosan.

A los pocos minutos se incorpora.

Giansei duerme, no se oye nada.

Da unos pocos pasos hasta que sus pies se detienen frente a un pedazo de madera, una simple rama desgajada de algún árbol. No mide más de veinte centímetros.

Qin es bueno haciendo tallas.

Pasará muchas noches solo, sin nada que hacer.

Se agacha, recoge el pedazo de madera y se lo lleva hasta el pajar. Su cuchillo, muy afilado, inicia el trabajo guiado por su mano experta. Primero pulir la superficie, quitarle lo que sobra, dejar desnudo el corazón de la futura talla.

La madera es dura.

No importa demasiado.

Incluso en un ser humano, lo que se esconde de verdad en su interior casi siempre tarda mucho en aparecer.

Capítulo 10

CUATRO DÍAS SIN VER LA CORRIENTE...

Cuatro días sin ver la corriente sinuosa del río, dirigiéndose al interior, en dirección al oeste.

Cuatro días, más uno siguiendo la ruta inicial a la salida de Giansei, adentrándose por un nuevo horizonte sin fronteras.

Se da cuenta de que cerca del río se siente mejor, más protegido, y que lejos de su imagen está falto de referencias. El río es su norte. Forma parte del paisaje de sus ojos, pero más, mucho más del de su memoria.

Pese a todo, cuanto más grande es la inquietud, mayor es la determinación.

¿Y si le han mentido?

Al ver la casa se tranquiliza. Está donde le dijeron.

Una casa solitaria, construida con piedra, dominando una enorme extensión de campos.

Sus dueños no parecen necesitados.

—¿Quién eres? —le sorprende una voz.

El hombre surge de detrás de un árbol. Sostiene una azada, y la sostiene como un arma, no como una herramienta con la que se trabaja la tierra. Su mirada es gélida, su cuerpo un muelle dispuesto a saltar. Qin le muestra sus manos desnudas y le abre el camino de la paz quitándose el sombrero de paja.

—Busco a los Nigwan.

—Nosotros somos los Nigwan —afianza la voz el aparecido.

—Me llamo Qin —se presenta—. Vengo de Xiantseyan, hacia el sur...

–Sé dónde está Xiantseyan.

–Perdona por molestarte...

–¿Qué quieres?

–Me han hablado de una niña enferma.

–¿Quién te ha hablado de ella?

–Unos campesinos, en la senda de Xian Po. Comentaban que estaba grave.

El hombre baja la azada, pero no la guardia. Detrás de él la casa es ahora una fortaleza. Los muros de piedra están rematados por ventanas de madera. La puerta es grande.

Pero no está abierta.

–Mi hija sanó –le revela mientras la azada toca el suelo–. Ahora ya está bien. ¿Por qué habría de interesarte a ti su salud? ¿Acaso eres médico y buscas pacientes?

¿Qué puede decirle? ¿Se alegra? Sí, puesto que el hombre no tiene que llorarla y una niña sigue en el mundo de los vivos, con sus sueños y esperanzas incólumes. Pero también está triste, porque su viaje no termina.

Procura que el desaliento no le traicione, y al mismo tiempo no mentir.

–No soy médico –suspira–. Buscaba esposa para uno de mis hijos.

–Llegas tarde. Mi hija está comprometida desde hace años. Las dos familias estamos de acuerdo y la boda se celebrará cuando ella deje de ser una niña.

–Entiendo.

–Por aquí no hay muchachas. Pierdes el tiempo. Regresa al río. Quizá en Hu Sang. Es más grande.

–Iré a Hu Sang.

–Bien.

–Gracias.

–Te deseo suerte.

Qin hace que Veloz dé media vuelta. Ni una palabra del *minghun*. Mejor así. Buscar un cadáver tan lejos de casa no es una tarea agradable. Le esperan otros cuatro días hasta reencontrarse con el río, y otros tres o cuatro más hasta Hu Sang. El agua no escasea, pero el arroz sí. Y necesita comer, sentirse fuerte para

lo que le espera.

Deja atrás la bonita casa de piedra de los Nigwan.

Y cuando la pierde de vista desploma la cabeza sobre su pecho y llora.

Sabe que no será la última vez.

Capítulo 11

LA TALLA DE MADERA...

La talla de madera progresa lentamente.

Cada noche, antes de dormir, sus manos se ocupan de darle forma. Es como si lo exterior fuese una cárcel que aprisionara la esencia interior. Sólo tiene que quitar lo que sobra. Qin ya sabe cuál es la imagen. Lo único que hace es ir en su busca, descubrirla. El cuchillo corta cada minúscula porción con tanto esmero como dificultad. Sus manos no son manos de artista, sino de campesino. Las tiene encallecidas, ásperas, casi tan duras como la madera. Dos veces el cuchillo ha buscado su carne en un falso movimiento y dos veces ha sido incapaz de penetrar en ella, así que mucho menos de verla sangrar.

La talla ya es más que una manera de vencer la soledad. Es una comunión con sus sentidos.

Ya está cerca de Hu Sang, pero lo mejor del día ha sido encontrar a otros caminantes como él. Iban en una partida de nueve hombres. Le han vendido arroz y eso le ha permitido superar el hambre de las últimas 48 horas. Conoce todas las raíces, los escasos frutos de los aún más escasos árboles, y no todo es comestible. Por otro lado, pescar no está entre sus habilidades. Hay pueblos ribereños que viven justo al lado del río desafiando sus crecidas. Xiantseyan, por el contrario, está demasiado alto como para bajar al río a diario. Ellos son montañeses.

Los Hombres del Cielo.

Cuando deja la talla para dormir, falto de luz, evoca la pesadilla de la noche anterior: no encontraba ninguna esposa para Zhai y, al morir él, su hijo lo condenaba a compartir su soledad, arrancándolo de los brazos de Gong. Es una pesadilla imaginaria. Las otras, las que se ciernen sobre sus pensamientos en las

largas horas de camino solitario, son peores. En las últimas 48 horas, azuzado por el hambre, han llegado a ser una tortura.

¿Y si encuentra a una niña y no se la quieren vender?

¿Y si hubiera esperado al señor Wong, el director itinerante de los funerales en la región?

¿Y si hubiera sobornado a un buscador con menos dinero del reunido?

Las respuestas se las da él mismo:

–Todo tiene un precio. Se trata de regatear. El señor Wong puede tardar meses en volver a pasar por Xiantseyan, como la última vez, casi un año. Los sobornadores no son de fiar.

A quien más echa de menos es a Wu.

–¡Parece mentira...!

A veces no le deja dormir, a veces llora demasiado, a veces rompe cosas, a veces es como todos los niños, a veces...

Pero cuando sonríe inunda el mundo entero.

Echa de menos a Wu, sí, pero también a Gong, a Cheng y a Shan, incluso a las infelices Li y Yu, tan poquita cosa las dos, tan llorona una y tan gandula la otra, tan disparatada una y tan delicada la otra. Cuando sus hijos yacen con ellas, sonríe ante sus gemidos. Cheng y Shan hubieran merecido algo más.

Qin curva los labios hacia arriba.

¿Por qué tiene pensamientos tan malévolos, solo, en mitad del gigantesco universo que lo envuelve?

Quizá sea una forma de supervivencia.

Se cobija bajo la manta.

El cielo está tan lleno de estrellas que parece un manto. Las conoce todas. No sabe sus nombres pero las conoce. Estrellas y constelaciones. Su maestro, el señor Li Wang, le habló de ellas. Ha olvidado muchas cosas pero eso no. De niño las dibujaba en la tierra húmeda con un palo. Luego, ya adulto, hace apenas tres años, le han dicho que unos hombres han logrado llegar hasta la Luna en una nave espacial. Todavía es uno de sus mayores asombros.

Aunque desde entonces se la mira como una amante vulnerable.

Ya nada puede considerarse eterno.

–Mañana...

Hu Sang es grande. Tiene un buen cementerio.

Ha renovado su esperanza.

Finalmente, la soledad se ha convertido en su amiga.

Capítulo 12

EL ASOMBRO PRESIDE...

El asombro preside su entrada en Hu Sang.

Nunca ha estado en un pueblo tan grande, o en una ciudad; sus dimensiones son enormes para él. Ya desde primera hora no ha dejado de encontrarse gente por el camino, yendo y viniendo. Gente diferente, con más prisas, con voces ruidosas, con más gravedad a causa de ello. Hu Sang es una auténtica fortaleza, con edificios altos de dos o tres pisos, tiendas repletas de productos diversos, precios demasiado altos para su economía y medios de transporte que llenan sus calles atiborradas. Bicicletas, carros, motocicletas, coches, camiones...

Calles empedradas.

La modernidad.

Veloz casi ha muerto dos veces. Una por un susto, otra por un resbalón. El susto se lo ha dado un viejo automóvil que ha hecho sonar su bocina casi sobre el pobre asno. El resbalón le ha hecho perder pie y trastabillar. Por suerte no iba en su lomo en ese momento. En Hu Sang hasta los animales son distintos, más vivos, más grandes, y también más delgados.

A los cinco minutos ya ha sentido el aturdimiento.

A los diez el deseo de escapar.

Las autoridades lo llaman progreso y él no está del todo seguro de que lo sea. Si el progreso causa tanto miedo como estupor no puede ser progreso, sino un viaje de retorno a la oscuridad, cuando yacieron como bestias en el pasado de la humanidad.

—Por favor, ¿el cementerio?

La primera persona a la que pregunta lo mira con ironía.

–¡Y yo qué sé dónde está el cementerio! ¿Tengo cara de ir a morirme?

Algo lo alienta: hay muchos niños en las calles. Corren de aquí para allá, libres como pájaros. Es imposible imaginar que no haya muerto alguno en las últimas horas, o en los últimos días. Los hombres sabios aseguran que mueren muchos niños, demasiados, porque son frágiles y la naturaleza selecciona a los más fuertes.

A veces los hombres sabios han de equivocarse.

–Por favor, ¿el cementerio?

La segunda persona a la que pregunta lo mira con enfado.

–¡Vete de aquí, pájaro de mal agüero! ¿De dónde sales tú?

Se dirige al templo. No tiene que preguntar por él porque lo divisa al doblar una esquina. Es un lugar de recato y silencio. Una estatua de diez metros de altura lo saluda solemne, o quizá lo bendiga. Tiene dos dedos de la mano derecha alzados. Su rostro es bondadoso pero también aterrador. La mirada carece de vida, está vacía. Los labios, carnosos, son rectos. Es una imagen gorda.

Un buda satisfecho.

–Por favor, ¿el cementerio?

La tercera persona a la que pregunta lo mira con piedad.

–Saliendo, calle arriba, hasta el final.

Es una mujer enferma. Toda ella destila la podredumbre interior que la devora. Pero sus ojos rezuman la paz que su cuerpo le niega. Hay una especie de tregua, o de pacto, en su camino hacia la oscuridad. Cada rezo es un grito.

Ella sí sabe el camino del cementerio.

–Gracias.

La mujer asiente y le permite continuar sola.

Al llegar a su destino no sabe si dejar a Veloz atado en la entrada. En la ciudad no hay rostros amigos, sólo personas que se cruzan. Si le roban a su asno tendrá problemas. Así que decide entrar en el recinto con él. No ha de preguntar porque el enterrador espera en una pequeña garita en la parte derecha. Viste de negro y lleva un elegante sombrero mandarín. Su trenza es larga y la luce con ostentación, por delante de su hombro izquierdo. La falda es estrecha, por lo cual avanza en su dirección con pasos cortos y ridículos, como los de una mujer.

Qin no cree en la suerte.

Aunque ahora busca arrojarse con ella.

—¿Qué deseas?

—¿Ha muerto recientemente alguna niña aquí?

El hombre alza las cejas.

—La última niña fue enterrada el invierno pasado, ¿por qué?

—¿Crees que sus padres querrían desenterrarla? —ignora la pregunta del enterrador mientras calibra si esto es mucho tiempo para un cadáver.

—¿Y por qué habrían de hacer tal cosa?

—Necesito comprársela.

—¿Estás loco? —el hombre da un paso atrás y lo cubre con una mirada más aterradora que escéptica—. ¿Para qué querrían desenterrarla y vendértela? ¿Quién diablos eres tú?

—Mi hijo ha muerto.

No hace falta agregar nada más.

Los gritos del enterrador resuenan por los alrededores de las tumbas dormidas.

—¡Un *minghun*! ¡Oh, cielos! ¡Vete, vete! —alza los dos brazos y los agita, como si Qin fuese un fantasma y tratara de ahuyentarlo—. ¡No quiero escucharte! ¡Vete! ¿De dónde sales?

Se siente como ese hombre que dicen que pisó la Luna.

Extraño.

¿Sigue en China?

Retrocede hacia la entrada, sin soltar a Veloz, huyendo de los espavientos del enterrador, y cuando sale del cementerio Hu Sang le puede todavía más. De pronto es como un perro de la lluvia, que ha perdido los olores, las referencias, su propio mundo, y ha de comenzar de cero en busca de su identidad.

Ni siquiera sabe por dónde.

Capítulo 13

YA SE INTUYE LA FORMA...

Ya se intuye la forma de la talla.

Es un caballo.

Es hora de que se lo diga a Veloz, porque, asno o no, es un animal sensible, e inteligente.

–No te enfades –le acaricia la cabeza mientras él agita las orejas y lo mira fijamente–. Sabes que es para la tumba de Zhai, y en el otro mundo siempre es mejor un caballo que un asno.

En el entierro, también seguirá el ritual: quemarán dinero falso, y muestras de cosas importantes, como una bicicleta o un carro, y dibujos de objetos valiosos que puedan ser necesarios en su otra vida. Todo para que el más allá sea alegre y feliz. Pero sin duda será la talla de madera de su caballo lo más importante para su hijo, porque un caballo es un signo de bienestar y calidad. Ha sido un acierto llevarla a cabo, y más aún saber que podrá completarla antes de su regreso con la novia.

La novia.

–Ah, Veloz, te siento desanimado.

El asno está más quieto ahora que la madera bajo la cual se esconde la talla del caballo.

–Lo conseguiremos. Aunque tengamos que ir al fin del mundo.

Seguro que lo ha entendido, porque agita la cabeza como diciendo que no.

–¿Quieres que te dé una tunda? –se enfada Qin.

Veloz vuelve a repetir el gesto.

—De acuerdo —le acaricia por segunda vez—. Pero no quiero verte desanimado. ¿Cuándo te he fallado yo?

Hu Sang queda a unos cien metros. Las últimas casas por ese lado forman un muro recto tras el cual se intuye el bullicio, aunque desde allí no se vea ni se oiga nada. Ha preguntado sin éxito, y ahora no sabe qué hacer, si volverlo a intentar en otra zona o marcharse. Seguir otra esperanza.

Si pasa la noche cerca del pueblo, ¿será peligroso?

Lleva mil seiscientos cincuenta yuanes. Los otros dos los ha gastado en el arroz que come. Y necesitará más.

Lleva una fortuna encima.

Qin contempla inquieto las casas.

Lo peor de las decisiones es que siempre se deben tomar, como mínimo, dos.

Y se tome la que se tome, queda la incertidumbre de qué habría sucedido en el caso de tomar la otra.

Está cansado.

Moverse por Hu Sang, escuchar tantas voces con oídos no habituados, ver tantas cosas con ojos que siempre han parecido inocuos...

Un hombre camina hacia él.

No hay duda.

Qin espera. Muy quieto. El hombre no parece peligroso, ni enfadado. Sólo es alguien que le busca, porque se detiene a unos pocos pasos, se inclina con respeto y le sonríe con cautela.

—Tú eres el que busca una novia muerta.

No lo pregunta. Es una afirmación.

—Sí.

—Puedo ayudarte.

Parece muy pobre. Viste con harapos. Y aunque mantiene su sonrisa se adivina que es infeliz. Una montaña de desasosiego le aplasta. No hay ningún río caudaloso y profundo a sus pies, y menos en su corazón.

—¿Conoces a una familia que haya perdido a una hija?

—El enterrador del cementerio hablaba de ti, a gritos. Dijo que le habías pedido

que abriera una tumba.

—No exactamente. Le ofrecí...

—No importa —el hombre levanta una mano—. De noche el cementerio está solo, y la tierra es blanda. Yo sé dónde está la tumba de la niña que enterraron el invierno pasado. Entre los dos será muy rápido.

La consternación lo atraviesa.

—¿Pretendes... que robemos un cadáver?

—Sí —el hombre expande su sonrisa—. Por cincuenta yuanes te llevo y te ayudo. Mañana estarás lejos, y para cuando quieran darse cuenta...

—¡Yo quería comprársela a sus padres, pedirles que aceptaran desenterrarla, no robarla!

—¡Ellos te cobrarían mucho más de lo que te pido! ¡Por lo menos dos mil yuanes!

—¡No puedo robar un cadáver!

—¡Piensa en tu hijo!

Piensa en él. Y aun así...

—¡Estás loco! —se envara Qin.

—Lo haré por cuarenta yuanes.

—¡No!

—¡Treinta!

Un zarpazo de ira le atraviesa el pecho. De pronto se siente ridículo, patético. La vida es siempre dura, pero la muerte en ocasiones lo es mucho más. Un cuerpo vivo no vale nada. Muerto...

Dos mil yuanes.

Qin le muestra al hombre su cuchillo.

—Vete —le pide súbitamente cansado.

—Tu hijo estará solo —le advierte el aparecido dando un paso atrás.

—¡Vete!

—No encontrarás lo que buscas. Los niños mueren en invierno, no ahora. Otros roban esposas. ¿Por qué no puedes robar un cuerpo muerto?

Da un paso al frente, con el cuchillo por delante. No es violento, nunca lo ha sido.

Jamás lo emplearía contra otro ser humano. Pero eso el hombre no lo sabe. Y lo único que quiere es que se vaya, que lo deje en paz, que no le tiente con aquella locura.

¿Cómo serán las cárceles?

¿La vida prisionera, sin sol, ni luna, ni estrellas, ni río Amarillo ni montañas?

Solo.

El hombre desiste. Su postrera mirada es de lástima mezclada con pena. Ya no sonríe. Escupe al suelo y da media vuelta. Murmura algo ininteligible. Se aleja igual que ha venido, pero más débil, más empequeñecido, más infeliz.

La montaña que carga sobre sus hombros lo sepulta.

Qin ya no regresa a Hu Sang.

Capítulo 14

LOS DIAS SE ENCADENAN...

Los días se encadenan con monótona lentitud.

Cuanto más lejos, más cansancio. Cuanta mayor distancia en la ida, peor será la vuelta. Cuanto más dinero gasta en arroz, allá donde puede encontrarlo, menos tiene para comprar a la niña. También teme por Veloz. El animal resiste, no da muestras de flaqueza, pero el camino a veces es peligroso. Una caída, una pata rota, y puede ser el fin de toda esperanza.

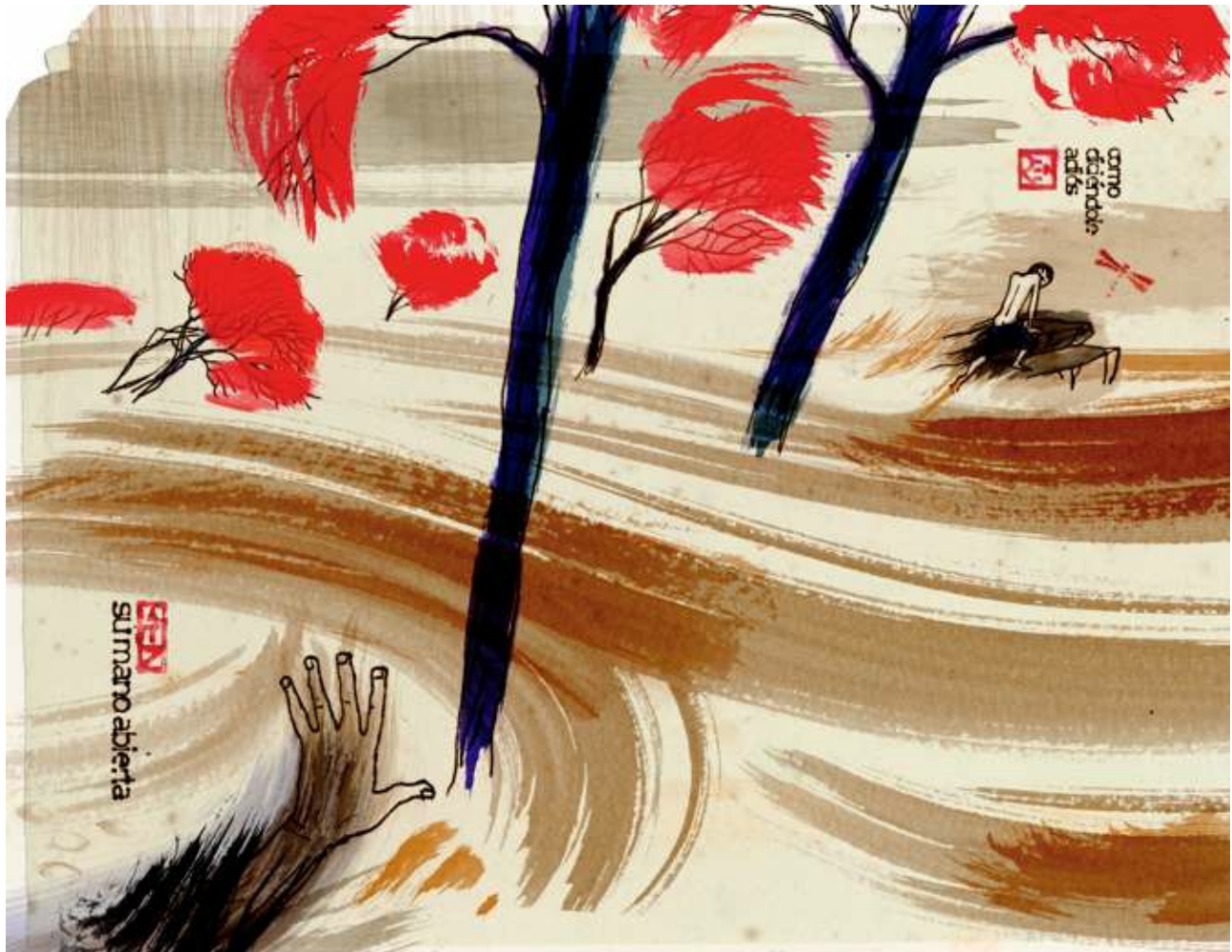
El río cambia.

Se ha hecho más ancho en el valle, hace dos días. Una enorme distancia entre orillas. Ahora, por contra, es angosto, y él camina por paredes de piedra cortadas a pico, bajo cuya inmensidad se perfila la lengua oscura del agua. Cuatro veces ha cambiado de orilla. La tierra es salvaje, abrupta, y hermosa aun en su dureza. Se asombra de aquel gigantismo. Se siente ínfimo frente a tanta generosidad de la naturaleza.

La vida es efímera pero la tierra queda.

A veces el viento le arrebató el sombrero, y ha de bajar de su asno y correr para recuperarlo.

El caballo ya ha florecido de la madera. Es una bonita talla. Se siente orgulloso de su obra. Cuando lo queme ofrendándoselo a Zhai será un regalo perfecto. Satisfacer las necesidades de los muertos no es algo gratuito: es una gran responsabilidad.



Los vivos han de atender los deseos de los muertos, o atenerse a las consecuencias.

Cuatro días sin ver a nadie. Le queda poco arroz. Se lo raciona, así que tiene hambre. Veloz puede comer hierba, él no. Y ni siquiera ve árboles, frutos o raíces jugosas que masticar o cocer para prepararse una sopa. Las montañas son de piedra. Roca dura. De día, el sol lo golpea. De noche, el frío lo hiela. Y cuanto más al norte se dirige, más riesgo hay de que lo sepulte una tormenta. La lluvia es inminente.

Si no regresa, ¿qué será de Gong?

Todas sus promesas...

Zhai perdido en el más allá, y Gong sola en el más acá.

—Regresa —oye una voz que resulta ser la suya.

—No —se responde.

–¿Por qué? ¡Has hecho lo que has podido! ¡No puedes ir hasta el fin del mundo buscando!

–No llegaré al fin del mundo.

–Vivo sirves poco, pero sirves. Muerto no.

–¡Cállate!

Veloz lo mira.

–No me hagas caso –le palmea el flanco.

Puede que se esté volviendo loco. Los que hablan solos suelen estarlo.

–Qin.

Ésa es otra voz. Mira a ambos lados, y atrás. Pero está solo.

–Qin.

–¿Padre?

–Hay muchas formas de honrar a los muertos. Has tallado un bonito caballo, y puedes hacer otras tallas, una barca, para que Zhai navegue por los ríos del más allá, o un aeroplano, para que vuele por sus cielos. Tú nos honraste bien, hijo.

Les honró cuanto pudo.

Pero siempre le pareció poco.

Cuando el río se los llevó fue un zarpazo. La crecida inesperada, la enorme ola que lo arrasó todo a su paso, las aguas enloquecidas saltando y golpeando la tierra, la danza de las gotas cegándole mientras extendía su mano buscando la salvación.

Su madre ya había sido devorada por el rugido ensordecedor de la corriente cuando su padre quemó la última de sus energías para liberarlo de la trampa líquida. Lo agarró por el cuello, lo empujó sobre una roca, se aseguró de que se afianzara en ella y luego se abandonó, incapaz de más.

En el momento en que Qin volvió la cabeza sólo vio su mano abierta, como diciéndole adiós, un segundo antes de que también desapareciera bajo las aguas.

Jamás recuperó sus cuerpos.

–¿Estáis bien?

–Sí, Qin. Y cuidamos de vosotros.

–Ayúdame, padre.

–Confía en ti. Eres mucho más de lo que piensas. Sólo los que se rinden fracasan.

La palabra éxito siempre le ha sido ajena.

¿O no?

Tiene una esposa perfecta, dos hijos casados, un nieto, otra en camino.

Sólo Zhai ha golpeado su estabilidad.

Pero ningún padre debería ver morir a un hijo.

A veces basta una simple quebrada para hundir toda una vida y marcarla con la señal de la fatalidad, la estirpe del dragón vencida por la sinuosidad de la serpiente.

–Háblame, padre –le suplica a la voz que lo acompaña ahora.

Capítulo 15

LA TORMENTA DE LA NOCHE...

La tormenta de la noche lo ha dejado más muerto que vivo.

Los rayos han sembrado de luces agónicas el cielo, poblándolo de blancuras espectrales. Los truenos han hecho retumbar la tierra hasta sacudirla como una estera colgada de un tendedero. La lluvia lo ha empapado hasta meterse dentro de sus huesos, ahogarle y aplastarle. A su alrededor el mundo se ha convertido en un infierno húmedo, con agua brotando de cualquier hendidura y torrentes surgidos de la nada arrasándolo todo a su paso, como si cada uno de esos miles de afluentes buscara a su padre, el gran río Amarillo, para cobijarse en su regazo.

Amanece temblando, y ni el sol, que seca sus ropas, es capaz de hacer lo mismo con su aterido cuerpo.

Entonces grita.

Un alarido de rabia brutal.

—¡¡¡Aaah...!!!

¿Cuánto puede soportar un hombre sin dejar de ser hombre?

¿Cuántas vidas debe consumir para sentir que una vale la pena?

Se arrastra más allá de las rocas hasta llegar a la orilla del río y queda boca arriba, brazos en cruz, desafiando a los cielos. Ni una nube. Sólo el Sol. Sus lágrimas son saladas. Su mente está llena de amargura. No sabe cuál es el límite, pero se siente cerca. Tan cerca que se asoma al abismo y lo desafía con la mirada, negándose a cerrar los ojos. También Veloz está agotado. La lucha por retenerlo, que no escapara azotado por el miedo, ha sido igualmente épica. Ahora descansa, inmóvil. Es un buen asno, el mejor.

Su único amigo.

–Padre...

Pero su padre no le responde.

El rumor de las aguas lo arrulla. No sabe cómo pero se duerme, tendido sobre las piedras, bajo la mañana llena de calma y serenidad. Se duerme y sueña que duerme junto al río. Y lo hace tan profundamente que las horas se le escapan por entre la nebulosa de la fiebre que, de pronto, lo asalta y lo reduce.

Cuando despierta arde.

La fiebre puebla su mente de fantasmas. Los teme, porque le hacen retroceder hasta la niñez. Son los fantasmas de todos sus miedos, almacenados en el arcón de su memoria. Y ahora, el peor es el último: Zhai.

Su hijo caminando en la oscuridad eterna con los brazos extendidos.

Su hijo llorando solo.

–Zhai...

Sabe que no es más que la fiebre, pero no puede luchar contra ella. Lo domina. Es una causa perdida. Se arrastra hasta el río para beber agua y mojarse la frente. Vuelve a temblar de frío. Como puede llega junto a Veloz, se cubre con la manta, apura los últimos granos de arroz y espera.

Todos los lugares son malos para morir, aunque éste sea hermoso.

–No vas a morir.

¿Quién le ha hablado?

Cierra los ojos y vuelve a adormilarse.

El día es agónico, la noche muy larga.

Otro amanecer, otra jornada baldía, otra noche ardiendo y con el estómago gimiendo. Veloz le empuja con el hocico, para que se ponga de pie. Qin lo aparta.

–Quieto, amigo. Quieto...

La fiebre remite al día siguiente.

Le ha dejado débil, con los huesos muy doloridos y la sensación de tener la cabeza repleta de algodón. Incorporarse es un suplicio. Montar a Veloz y salir de allí una prolongación de la borrachera que domina sus sentidos. Necesita comida, un descanso mejor. Deja el lecho del río y asciende por el risco hasta dominar de nuevo las alturas frente a una planicie abierta como un valle entre las montañas.

Las siguientes horas son una cadena de eslabones iguales y monótonos.
Hasta que al anochecer ve la columna de humo a lo lejos.
Una presencia humana.
Y Qin se dirige hacia ella.

Capítulo 16

TIENE MIEDO...

Tiene miedo, pero no retrocede. O será que es el propio Veloz el que toma la decisión, ya que se ve en la necesidad de frenarle. Se acerca despacio por tres motivos: porque está oscureciendo y las sombras son siempre sospechosas, porque pueden ser salteadores de caminos, vulgares ladrones que le quiten la última esperanza para Zhai, y porque corre el riesgo de que le confundan a él con un peligro no deseado, y matarle sin darle tiempo a más.

Así que primero les observa desde una prudente distancia.

Son cinco hombres y nueve mulas. Las mercancías que cargan los animales se amontonan a un lado mientras ellos se reúnen alrededor de un agradable fuego en el que cocinan su cena. Parecen despreocupados y felices, hablan animadamente, elevan sus voces por encima de sus cabezas, el propio humo de su fogata advierte de su presencia desde muchos kilómetros a la redonda. Una isla en la tierra. Un oasis en el desierto.

Qin ya no retrocede.

De pronto le quedan pocas fuerzas, se siente roto, con su voluntad dirigida únicamente hacia su destino.

La precaución final consiste en llamar su atención.

—¡Buenas noches!

Las voces callan de golpe.

—¿Puedo acercarme?

—¿Quién eres? —tarda unos segundos en responderle una de ellas.

—Soy un caminante, con su asno. Estoy solo.

Se han puesto de pie. Poco a poco entra en su círculo luminoso y le identifican. Sigue hablando para dejarles absolutamente claras sus intenciones.

–He estado enfermo, necesitaba ver a alguien, comer algo...

Se detiene ante la partida, sin bajar de Veloz. El animal reconoce a sus nueve congéneres y mira hacia donde ellos están instintivamente. Huele e identifica el descanso, el agua y la comida.

–¿Cómo te llamas?

–Qin.

–¿De dónde vienes?

–De Xiantseyan.

–¡Estás muy lejos de tu pueblo, amigo!

No les revela el motivo de su viaje. Prefiere esperar, revestido de cautelas.

–¿Puedo acompañaros?

Los cinco hombres intercambian una mirada final.

–Claro. Eres bienvenido.

Se siente desfallecer. Más que bajar de Veloz se deja caer de su grupa. Todos los horrores de la fiebre, la soledad, la tormenta, los días transcurridos, se manifiestan con agonía ante la proximidad de un paréntesis de calma.

Ha tenido suerte.

Son hombres normales, como él.

Hombres normales en un mundo normal.

–Sólo necesito un poco de arroz, descansar, compañía humana...

–Ven, siéntate junto al fuego.

Uno le acompaña. Otro le pone un cuenco de arroz en la mano. Un tercero le da un buche con agua. Siente deseos de llorar.

El paraíso en la tierra se llama amistad.

Fraternidad.

–¿Y has venido desde Xiantseyan con tu asno?

–Sí –habla mientras mastica.

–No parece el mejor animal del mundo.

–Es fuerte –defiende a Veloz.

–¡Creo que sabe que cuando regreséis él irá encima y tu debajo!

Se ríen todos, con ganas. El mayor tendrá su misma edad y el más joven unos veintipocos. Dan muestras de hacer lo habitual, comerciar. Hombres avezados, duros, nacidos con la tierra. Por esa razón saben cuándo pueden hablar en voz alta de noche, qué montañas son peligrosas y qué valles amigables, en qué lugares puede recibirse a un caminante solitario y en cuáles no.

–¿Hacia dónde os dirigís?

–Vamos a Hanyang.

–¿Dónde está eso? –piensa por un momento en unirse a ellos.

Uno extiende su brazo derecho y el índice de su mano en dirección al interior, perpendicular al río.

–A dos días de aquí. Venimos de Chienxian.

–¿Es otro pueblo?

–¿No lo conoces?

–No –advierte.

–Bueno, no sabríamos si llamarlo pueblo, ¿verdad? –el que más habla pasea una mirada cómplice por el resto.

–Sí, apenas se trata de una docena de casas –le secunda uno de sus compañeros.

–Nadie va allí –tercia otro de ellos.

–Y más ahora.

–¿Por qué? –Qin mira al último que ha hablado.

–Hace tres días se ahogaron dos niñas en el río.

La oscuridad ya les cobija, y el fuego arranca esquivas doradas de sus rostros. Aun así, Qin está seguro de que todos han de haber notado su palidez, la forma en que sus manos se han detenido.

Y su corazón.

–¿Dos niñas... ahogadas?

–Una tragedia.

–Terrible.

–¿Te imaginas? Dos hermanas, muertas a la vez.

–Una de siete años y otra de once.

–¿Qué sucedió? –ya no puede tragar el arroz pese a su hambre.

–Lo más habitual en estos casos –se encoge de hombros el más hablador–. La pequeña se cayó al río, la mayor quiso salvarla...

–La corriente las arrastró a las dos –concluye otro.

La noche de la tormenta.

–¿Y sus cuerpos? –la pregunta le taladra la mente.

–Hasta hoy no los han recuperado.

–Esta noche y mañana velarán los cadáveres.

–Por eso hemos preferido seguir nuestro camino.

Qin mira río arriba.

–¿A qué distancia queda Chienxian?

–A media jornada –el presunto jefe señala el camino.

Media jornada.

Siente deseos de subir a lomos de Veloz, no perder ni un minuto. Le detiene el sentido común, su propia necesidad de reposo. Respira profundamente y traga la bola almacenada en su boca. Apenas si puede. Bebe agua.

Calma.

–¿Qué hace un hombre solo tan lejos de su casa? –pregunta el que menos ha hablado.

Capítulo 17

NO LE MINTIERON LOS HOMBRES...

No le mintieron los hombres de la noche anterior.

Chienxian no es un pueblo. Son un puñado de casas desparramadas en un diminuto espacio de tierra plano, a modo de valle infinitesimal, aplastado contra el río por dos colinas y una alta pared de piedra rojiza como la sangre.

El silencio es tan grande...

Una comunidad pequeña de luto. Si la pérdida de una vida es una tragedia, dos son el holocausto. Si un niño es más que llorado, tanto como para llenar un lago con lágrimas, dos son océanos desbordados de dolor.

Y él es el buitre dispuesto a beneficiarse de ello.

—No, no... —susurra tratando de dominar su ánimo.

Se interna por entre las primeras tres casas vacías mirando a derecha e izquierda. Los pasos de Veloz son como disparos en la quietud. Aldabonazos quedos que no merecen ni tan sólo un eco. Tampoco ve a nadie en las cinco siguientes, repartidas de manera anárquica a ambos lados de su camino.

Y por fin todo surge de allí, de la novena.

La casa del dolor.

Cuando Qin pone un pie en tierra le asaltan las dudas y temores almacenados en el viaje y puestos de manifiesto de pronto en aquellas últimas horas de incertidumbre.

¿Y si el *minghun* no es habitual tan lejos de su casa?

¿Y si le echan al río?

¿Y si...?

No ata la brida de Veloz porque el asno tampoco tiene adónde ir. El ambiente de velatorio le evoca su propia casa, donde espera Zhai. Se quita el sombrero con prudencia al entrar. Una docena de hombres y mujeres levanta la cabeza al reparar en su presencia. No le reconocen y eso hace que entre ellos anide la curiosidad mezclada con el desconcierto, la duda o la sorpresa. En lugares alejados, los extraños siempre tienen que ver con el gobierno, dispuesto a meterse en sus vidas. Nunca son buenas noticias. Los pobres jamás tienen buenas noticias. Los pobres tienen sacudidas.

Nadie habla.

Qin tampoco.

Los cuerpos están allí.

La mayor, la niña de once años, es desproporcionadamente grande y da la sensación de ser también pesada. Mucho para un viaje tan largo. Tres días muerta, ahogada violentamente y devuelta por las fauces del río tras arrastrarla en su seno, son motivo suficiente para que su estado sea inhumano. Además, es como si en ese trayecto hubiera chocado contra todas las piedras del lecho, porque su apariencia física es precaria, sin apenas un rasgo humano en su rostro, violáceo y espectral.

Por el contrario, la menor, la niña de siete años, apenas si abulta y parece un ángel pese al halo brutal de la muerte.

Era bonita.

Es bonita.

Una novia perfecta.

El río la ha respetado. La muerte ha sido benévola con ella. Tal vez el destino.

Qin se queda mirándola.

Absorto.

No importa que una novia muerta sea guapa. No importa en vida, así que menos en la muerte. Lo único importante es que la ha encontrado, es ella.

Fin del viaje.

Quizá la mayor fuera más comprensiva, más amable, más idónea, más cariñosa, más fuerte, mejor persona, pero para su asombro tiene dónde elegir y las circunstancias también pesan. Ha de pensar en cómo llevarla de vuelta.

—¿Cuál era su nombre? —pregunta sin dejar de mirarla.

–Ziyi –le responden.

–¿Quién es el padre?

Le muestran una cortina. No hay más preguntas. Extranjero o no, le dejan en paz. Da tres pasos, venciéndose, resistiéndose a seguir quieto frente a los dos cuerpos devorados por la muerte, y mete la cabeza por entre la tela. Al otro lado encuentra a un hombre sentado en el suelo, mirada hueca, expresión extraviada. Un hombre no mucho mayor que Cheng al que tal vez la vida no haya bendecido con más hijos que las dos pequeñas ahogadas.

Su voz rompe aquel crepúsculo de uniforme solemnidad.

–¿Podría hablar contigo? –pregunta.

Y el padre de las niñas, rota su paz, alza la cabeza y le mira por primera vez.

Tercera parte:
Zhong

Capítulo 18

SE DETIENE EN EL MISMO LUGAR...

Se detiene en el mismo lugar de la noche anterior, el mismo lugar en el que acamparon los cinco hombres, el mismo lugar en el que, por un golpe de suerte, cambió por fin el sesgo del viaje y la incertidumbre se hizo esperanza. Ahí están los restos del fuego, la sensación de tiempo no transcurrido, el eco de las voces y las risas de sus compañeros, a los que jamás volverá a ver.

Qin se descubre a sí mismo ausente, hipnotizado.

Feliz.

Baja de Veloz cuando por fin reacciona y mira hacia atrás, borrando mentalmente las huellas de su camino. Todavía siente la inquietud. Aún cree que los habitantes de Chienxian irán tras él, y que el padre de Ziyi intentará recuperarla ahora que también tiene su dinero.

¿Por qué desconfía de la naturaleza humana?

Levanta la cabeza y huele el aire.

La vida huele a vida.

Y la muerte a vacío.

Apenas si hay un atisbo de luz en el cielo. Le queda poco tiempo. No quiere hacer ninguna fogata. Toma el cadáver amortajado de la niña entre sus brazos y lo descarga de Veloz. No pesa casi nada. Quizá lo que de verdad cuente sea la energía, y a Ziyi se le escapó toda en su viaje por el río. Lo sostiene en sus brazos y lo contempla. El sudario la cubre por entero, pero él recuerda fielmente sus rasgos. Jamás se le olvidarán. Pese al rictus de la muerte, cruel y descarnada, ve la belleza de la pequeña, su inocencia, el pétalo de su boca, el monte apenas elevado de su nariz, los rasgos de sus ojos que son como pinceladas en su rostro.

Y la imagina con ellos abiertos, puros, tanto como con una sonrisa de inocencia orlando su imagen.

La imagina.

Siente la puñalada en su corazón.

Cuando la deja en el suelo, con cuidado, con cariño, temiendo hacerle daño, se inclina ante ella de rodillas hasta tocar con la frente la pedregosa tierra. Musita una plegaria, la primera que sale de sus labios. Honra a la futura esposa de su hijo Zhai. Después se levanta, prepara un poco de arroz y cena bajo la sepultura de la noche, que proyecta su oscuridad despacio hasta arroparle con su peso. Bajo las estrellas, los tres cuerpos quedan inmóviles. Uno porque no puede hacer sino seguir en la eternidad. Dos porque se rinden al cansancio.

Aunque Qin, excitado, no tenga sueño.

La compra de Ziyi ha sido dura. No ha habido sorpresa. No le han echado del pueblo. El *minghun* es el *minghun*. Su padre habría hecho lo mismo si en lugar de una hija hubiera perdido a un hijo. Pero ha sido dura. El hombre ha llorado, ha enardecido su corazón, aunque rápidamente haya accedido a negociar. Primero ha querido venderle a su hija mayor, por serlo, por tocarle debido a su edad, por orden lógico. Qin le ha hablado del largo viaje, la distancia, las dificultades para transportar un peso mayor a lomos de Veloz. Una vez superado este escollo, con Ziyi como objetivo, el regateo ha sido absoluto.



–Es la perla de mi vida.

–Mi hijo será un buen esposo para ella.

–Era la mejor de las hijas.

–Zhai también.

–Era igual que una mariposa, por eso la llamé Ziyi.

–Mi hijo fue una libélula, por eso lo llamé Zhai.

–Vale cien, mil veces más de lo que puedas pagarme.

–No llevo más que este dinero, y sé que es poco, pero tómallo porque no tengo más.

–Me insultas ofreciéndome una suma tan ridícula.

–Te doy cuanto tengo, el dinero de mi casa, de mi vida, y también los ahorros de todo mi pueblo.

–No.

–¿La enterrarás y ya está? ¿Te quedarás sin ella y sin dinero? Piensa en tu hija. También merece una vida mejor en el más allá, acompañada de un buen marido. Es lo mejor para los cuatro, para ti y para mí, para nuestros hijos.

El hombre ha mirado el dinero.

Poco para un *minghun*. Mucho para ellos.

–¿Cómo sé que no mientes y que ése es todo tu dinero?

Qin se ha desnudado, por completo. Ha dejado que le registraran la ropa, el cuerpo, todas sus escasas pertenencias destinadas al viaje. Y lo mismo Veloz. Así han encontrado la talla.

El caballo arrancado a la madera a lo largo del viaje.

–Dámelo –le ha pedido el padre de Ziyi.

–Era un regalo para mi hijo.

–Puedes hacer otro.

No igual. No con esa madera hallada milagrosamente.

El caballo ha quedado en poder de su nuevo dueño.

Qin se ha sentido como si le arrancara algo muy suyo.

–Está bien –ha accedido–. Mi dinero y el caballo. Salvo unos yuanes para comprar comida.

Ya se han cerciorado de que dice la verdad, que no lleva nada más encima, y menos dinero. Quedaba poco que agregar.

Sí o no.

–De acuerdo –el padre de las dos hermanas ahogadas ha inclinado su cabeza en señal de aceptación, resignándose a lo evidente.

Y eso ha sido todo.

Tiene una esposa para Zhai.

¡La tiene!

Es un día de gloria.

–Ziyi –susurra el nombre de la niña.

Entonces cierra los ojos, piensa en su hijo y se relaja sabiendo que su vida en el más allá será muy hermosa.

Feliz.

Como cualquier padre hubiera deseado.

Así es como se duerme.

Capítulo 19

EN EL VIAJE DE IDA...

En el viaje de ida podía moverse libremente.

No así en el de regreso.

En la ida era un hombre a lomos de su asno, uno más en cualquier camino, yendo de un pueblo de las montañas a otro. En el de vuelta es un hombre con un cadáver. Y aun contando con la tradición, con la necesidad del *minghun* para evitar la soledad de los hijos en el mundo oscuro, no puede confiarse. Si le preguntan, no le servirá de nada mentir, decir que es su hija, muerta en el río, y que la conduce de retorno a casa para enterrarla sumido en el dolor. Sabe que no va a engañar a nadie.

Y que si se tropieza con alguien del gobierno, o de alguna forma relacionado con él o con el poder...

¿Por qué decidieron que la compra de cadáveres era ilegal?

¿Qué saben ellos, los que dictan las leyes en la capital, qué es y cómo es su vida?

¿Y la lealtad familiar?

¿Y la palabra de Confucio?

El ser humano que olvida sus tradiciones está condenado a perderse a sí mismo, sin raíces, sin un código, sin nada a que aferrarse.

Cada paso, cada metro, es ahora controlado con cien ojos.

Si ve a alguien a lo lejos, se aparta del camino y se esconde. Si reconoce uno de los pueblos por los que ha transitado, lo rodea, aunque sea dando una enorme vuelta para no ser visto. Su huella está fresca y su voz aletea en los oídos de todos aquellos a los que preguntó por una niña muerta. Por otro parte, el bulto que

sostiene a lomos de Veloz no deja lugar a dudas. No es un fardo más. Así que extrema las precauciones hasta lo indecible.

Se descubre tenso.

Además, por pequeño que sea el peso de Ziyi, es un peso más para Veloz, así que ni le fuerza ni le presiona, y la distancia que cubre cada día es menor que la que recorría a la ida. De vez en cuando Qin se baja y camina. Depende de su asno.

Su presente y el futuro de su hijo dependen del más ínfimo de los animales.

–Buen chico –lo palmea.

Veloz asiente con la cabeza, como si lo entendiera.

Cada noche deposita a Ziyi en el suelo con el mismo cuidado, luego se inclina y la honra. Cada noche mira el cadáver con respeto, tratando de imaginarse a la niña en el más allá, quizá incluso cerca de Zhai pero sin poder verse. Cada noche se atreve a hablarle un poco más, aunque todavía no sabe muy bien qué decirle. Si es parco con los vivos, ¿cómo no va a serlo con los muertos?

Esa noche, por fin, le habla con el corazón.

–Zhai es un buen chico, ¿sabes?

Espera, como si fuera a oír una respuesta.

–Serás feliz con él, ya lo verás.

Si el cuerpo de Ziyi se moviese quizá no se sorprendería.

–Es risueño, siempre tiene una historia en los labios y un latido de más en su corazón.

El rumor del río, cercano, es el único murmullo bajo las estrellas.

–Has tenido mucha suerte –asiente con la cabeza.

Suerte.

Nunca pronuncia esta palabra, porque jamás ha creído en ella.

¿Qué es la suerte?

¿Que el río no baje crecido inesperadamente en el momento en que pasan por él sus padres? ¿Que Zhai no se muera en la flor de la vida? ¿Que Ziyi no se hubiera caído al agua obligando a su hermana mayor a tratar de rescatarla?

¿Qué es la suerte?

Puede que sea haber dado con los hombres que le hablaron de las dos niñas

ahogadas.

O quizá la suerte de unos sea la mala suerte de otros, y viceversa...

Sí, ¿qué es la suerte?

Recuerda el diálogo que mantuvo con Gong la noche antes de la partida, cuando ella le mostraba sus miedos, sus dudas y su angustia:

–Confía en mí. Soy el hombre que te consiguió, no lo olvides. Si me empeñé con comprarte y lo logré, ¿por qué no he de poder ahora?

–Tuviste suerte.

–La suerte es de los que van a por ella.

–Mi valiente Qin.

–¿Cuándo te he defraudado?

Su maestro en la escuela, a la que apenas asistió, le habló de las personas que dedican su vida a pensar. Filósofos los llaman. Seres sabios, capaces de ver la luz en la oscuridad y descubrir lo que aún no es pero espera ser, o reflexionar sobre lo que ya es para hacerlo mejor. Y él se reía. Decía que pensar no era una ocupación, que la tierra no produce alimentos sólo con pensar en ella, y que la vida dependía de unos buenos brazos, de la naturaleza, de todos los dioses que el ser humano pudiera albergar en su corazón.

Ahora se descubre a sí mismo filosofando.

–La soledad te está volviendo loco –se dice.

Otra noche y todas las distancias resumidas en el dolor que le produce esa soledad.

–Paciencia.

¿Cuánta agua ha llevado el gran río Amarillo desde que brotó la primera gota en la tierra de su nacimiento?

Capítulo 20

POR LA MAÑANA...

Por la mañana, por primera vez, percibe el olor.

El sudario que embalsama el cuerpo de Ziyi ya no es capaz de contenerlo.

Se escapa por los resquicios de la envoltura.

Es el momento de alzar la cabeza y ver a las aves danzando macabramente en torno a su presencia.

–Vamos, Veloz, vamos.

A mediodía, al bajar de su asno, les arroja piedras en un gesto inútil.

–¡Fuera, fuera!

Por la tarde le pregunta a su montura:

–¿Estás bien? ¿Puedes con los dos? ¿Quieres que camine un poco más, para liberarte de mi peso?

Por la noche no se cubre con la manta, pese al frío. Tampoco lo hará ya en las noches siguientes. Prefiere tapar a Ziyi y contener el olor que, poco a poco, despacio, va expandiéndose más y más a su alrededor. Empieza a tenerlo tan metido en sus fosas nasales que se da cuenta de que quizá ya deje de sentirlo muy pronto, lo cual será bueno y a la vez malo, pues va dejando tras él el rastro que lo delata.

Junto al hecho de volver al lado del hijo muerto, y al de regresar con Ziyi, descubre un tercer sentimiento inquietante.

En el trayecto de ida sentía a su asno como parte de sí mismo. Ahora se da cuenta de que con cada paso que da en dirección al pueblo, le pierde un poco más, porque Veloz ya no le pertenece. Es de Chenyuan Chihan, su vecino, que se lo

compró por doscientos diez yuanes.

¿Cómo será la nueva vida sin Veloz?

Tendrá que trabajar más, y acostarse mucho más cansado. Hombre y asno a la vez.

La vida sin Veloz será igual de dura que la vida sin Zhai.

Cuando el río se llevó a sus padres, supo de la brevedad de la existencia carnal y la importancia de los recuerdos. Cosas que hasta ese momento habían carecido de relevancia, de repente se volvieron trascendentes, hermosas, cargadas de significados. Aquellas palabras de su padre, aquellas caricias de su madre, detalles ínfimos convertidos en paradigmas del amor que le dieron y del que les dio a ellos. Los hijos sólo comprenden a los padres cuando, a su vez, se convierten en padres.

El suyo amaba el río.

Decía que en su mundo sólo había dos cosas naturales: la tierra y el río.

Quizá por eso vivió en la tierra y murió en el río.

—Ziyi.

La muerta no le responde.

—Si hubiera tenido tiempo, me habría gustado preguntarle a tu padre más cosas sobre ti, para conocerte mejor.

Silencio.

—Yo sí puedo contarte cosas de Zhai. ¿Te gustaría?

Sonríe complacido exactamente igual que si la niña hubiera asentido con la cabeza en un arrebató de resurrección.

—Cuando Zhai nació era una bolita, ¿sabes? ¡Y estaba rojo como la bandera del Partido! Nadie hubiera dicho que sería un muchacho tan guapo. Hasta yo me asusté mucho al verle. Gong, su madre, casi se muere. Las mujeres dijeron que dejó de respirar unos segundos, y que hasta se le paró el corazón. Entonces Zhai se puso a llorar, desesperado, y ella volvió a la vida. Zhai la llamó. Le dijo: «¡Eh, madre, no te mueras! ¿Qué haré yo sin ti? ¡Quédate!».

Qin extiende la mano y acaricia el cuerpo que ahora lleva tumbado delante.

—A los pocos días ya fue distinto, y nos dimos cuenta de que sería un joven muy atractivo, digno de merecer una esposa como tú. Sus dos hermanos incluso

tuvieron celos. Y no es que Cheng y Shan sean feos –le aclara–, pero son... diferentes. ¡Sus mujeres sí son feas! –su carcajada irrumpe en la montaña y rebota por el cañón. Se lleva una mano a la boca para tapársela, con mucha cautela, antes de susurrar–: Aunque son muy trabajadoras.

Transitar fuera de los caminos es más difícil, y en ocasiones imposible. Ya se ha cruzado dos veces en los tres últimos días con otros hombres, sin detenerse. Primero fue un grupo de tres con siete mulas. Después uno tan solitario como él. Las carreteras por las que circulan los camiones y otros vehículos quedan tan lejos...

–¿Sabes lo que hizo un día? –su tono es conspicuo–. Entró en la casa de nuestros vecinos, los Zhunxi, y se comió la cena de todos ellos en menos de lo que cuesta contarla. La señora Zhunxi había salido a llamar a su esposo, su hijo y su hija, y Zhai pensó que aquello iba a perderse, así que lo devoró. ¡Era un tragón! Cuando los Zhunxi entraron, Zhai ya había dado buena cuenta de casi todo –mira el cadáver y le advierte con un dedo categórico–: ¡Deberás vigilar tu plato en el más allá, porque incluso muerto es capaz de dejarte sin comida!

Dibujará en un papel algunos pollos y vacas, para quemarlos y que los jóvenes desposados inicien con un banquete su nueva vida.

–Sí –se anima a sí mismo.

Por la noche el frío aumenta, y es tan intenso que ha de recuperar la manta y envolverse en ella, apretarse junto a Veloz, hacer una fogata para combatirlo. Cuando sus dientes castañetean parece que un grupo de jinetes cabalgara por un valle. Y no en asnos: a caballo.

Días de sol y calor.

Noches de luna llena y frío.

La Luna.

–¿Por qué te dejaste conquistar?

Hay tantas preguntas que jamás, jamás, jamás conseguirá responder.

Capítulo 21

TODO PARECE IGUAL...

Todo parece igual, y al mismo tiempo todo es distinto.

Cada día. Cada noche.

Su ánimo mejora al rebasar la mitad del camino, al aproximarse al pueblo y percibir el suave aroma del éxito, de la misión cumplida. La dureza de la marcha ya no es una herida abierta, sino que cauteriza a cada paso. Nada enfría su ánimo, ni el olor, ni el calor, ni el frío, ni el hambre de algunas noches. Su mente se llena de consuelos. Ya imagina la boda, la solemnidad del entierro conjunto, la felicidad de Gong al saber que su querido Zhai vivirá eternamente acompañado.

Lo dijo ella: «Una vida sin matrimonio es una vida incompleta».

—Tendréis hijos en el más allá —le dice a Ziyi—. No ahora, que eres una niña, pero sí dentro de unos años. Niños guapos como vosotros, y fuertes como todos los nacidos en esta tierra que nos regalaron los ancestros. Y serán hijos del río, flexibles como él, profundos, a veces terribles en la tormenta, a veces plácidos en la serenidad.

Sí, ya imagina la fiesta.

La fiesta de la vida en torno a la muerte.

Ha entrado en dos pueblos al anochecer, solo. No ha tenido más remedio, para procurarse un poco de arroz. Ha dejado a Veloz atado a un árbol, o con las bridas bajo una roca, y se ha arriesgado. En ambas ocasiones fue rápido. El tiempo justo para comprar el alimento. Pero cada minuto que ha dejado solo a su asno, con el cuerpo de Ziyi, ha sido angustioso. Su presencia nocturna, además, no ha dejado de causar un poco de sensación. Preguntas en el aire. ¿Qué hace un hombre solitario, de noche, en un pueblo perdido en mitad de ninguna parte, uno más de los que jalonan el largo camino del río Amarillo?

Qin es una sombra huidiza oculta bajo su sombrero de paja.

No habla.

Parece mudo.

Se hace el infeliz, que es la mejor forma de pasar desapercibido.

—¿Adónde irá ése?

—¡Cada día hay más gente extraña por los caminos!

—Parece un pez fuera del agua.

Sólo ha llovido en dos ocasiones desde que regresa con Ziyi, y ninguna ha sido tan fuerte ni tan caótica como la del viaje de ida, cuando estuvo enfermo y con fiebre. En cada aguacero ha protegido el cuerpo de la niña con el suyo propio, para preservarlo del agua, evitar que se filtraran gotas por la mortaja y ello contribuyera a pudrir más la carne que contiene, provocando con ello un mayor hedor. Tras cada lluvia, el sol los ha secado y calentado. Después frota el sudario de Ziyi con hierbas y plantas, para darle al menos durante unas horas otra clase de olor. Ya es un ritual. Si en la ida sentía la presión de un mundo hostil, ahora va capturando los dones de un mundo amable. Como está ojo avizor, para detectar cualquier presencia extraña o inquietante, percibe más el conjunto monumental que lo envuelve, la descarnada belleza del paisaje, la vitalidad del río y lo quebrado de la tierra que lo dirige. ¿O es el río el que abre la tierra y le da forma según su curso?

¿Hubo primero una gallina que puso un huevo?

Entonces, ¿cómo nació la gallina?

Aunque no todo es plácido.

Veloz parece tan cansado...

Ya no se atreve a ir muchas más horas sobre su lomo, y camina, camina, camina, haciendo que en algunas jornadas avance más bien poco. Si el terreno es abrupto, de subida, prefiere seguir el paso de Veloz antes que imponérselo. Chihan hizo una buena compra.

Por doscientos diez yuanes se lleva un poco de su sangre.

—¿Y si le das una cox y lo matas?

Esa noche, con las luces mortecinas de un pueblo al otro lado del río, Qin siente su corazón henchido por una extraña paz.

La armonía de lo sencillo.

—La ceremonia te gustará mucho —le repite a Ziyi.

Se queda callado.

Ya no sabe si algunas cosas se las ha dicho y ahora las repite o si las ha imaginado sin expresarlas en voz alta y, por lo tanto, la niña las desconoce.

La soledad es una amante caprichosa.

—No habrá dos cajas. Sólo una —asiente una única vez, de arriba abajo—. Estaréis más juntos y unidos. Hablaréis más. Os daréis calor.

Al otro lado del río se imagina casas como la suya, familias enteras reunidas cenando, hablando de los avatares del día que se va y de los problemas del venidero, haciendo planes y disputándole a la vida cada porción de felicidad. Por la noche, algunos cuerpos, además, se amarán. Gritos velados detrás de cortinas sencillas. Gemidos de placer como alimento del espíritu tanto como del cuerpo. En su casa, Cheng y Li son silenciosos, Shan y Yu todo lo contrario. Los jóvenes aprenden la discreción con la edad, a medida que descubren que la vergüenza y el respeto son atributos de las buenas formas.

Zhai amará en silencio a Ziyi.

Nunca los oirá gemir.

—¿Sabes por qué llamé Zhai a mi hijo?

En algún lugar de su mente es capaz de escuchar la voz de la niña respondiéndole:

—No.

—Porque cuando nació, unas libélulas parecían haber tomado el pueblo como morada, subiendo desde el río y las aguas estancadas del lago que se forma en el remanso de la Luna Clara. Era algo insólito. Pensé que se trataba de un augurio, que mi tercer hijo sería así, rápido como una libélula.

—La libélula es un hermoso insecto —reconoce ella.

—Cuando tu padre me dijo que te llamabas Ziyi, y que eras igual que una mariposa... —suspira con ensueño—. Fue después de verte, así que pensé que sí, que no sólo lo eras sino que, aun siendo una niña, tenías alas de mariposa.

—Las mariposas son muy bonitas.

—Una libélula y una mariposa.

–Una extraña combinación.

–Tal vez –conviene Qin–. Pero sé que seréis los personajes de una historia muy dulce.

Una historia de mariposas y libélulas.

El más allá también puede ser un paraíso.

Al otro lado del río las mortecinas luces menguan, se apagan, una a una, hasta desaparecer bajo las sombras.

–¿Por qué te caíste al río, Ziyi?

Capítulo 22

EL VENDEDOR LE MIRA CON OJOS LÍQUIDOS...

El vendedor le mira con ojos líquidos y frunce el ceño al evocar la imagen en su recuerdo.

–¿No te vi pasar hace unos días en dirección al norte?

–¿A mí? –vacila Qin–. No.

–¿Seguro?

–Sería alguien parecido.

–Ibas con un asno.

–Ya ves que no tengo ningún asno. ¿Qué te debo?

–Pues tengo muy buena memoria para las caras.

–¿Qué te debo? –insiste.

–Por el arroz y el pescado seco... cinco yuanes.

–Te doy tres.

–¿Por qué?

–Porque es lo que vale.

–Será en tu pueblo. En éste no.

–En todas partes.

–Dame cuatro.

–Tres.

El vendedor de la mirada líquida, pupilas enrojecidas, gestos rápidos, hace ademán de ir a quitarle la mercancía.

–Está bien: cuatro –se rinde Qin, que quiere regresar cuanto antes junto a Veloz y Ziyi.

–Que tengas un buen viaje –le desea el hombre.

–Gracias.

–¿Vas a pie?

–Sí.

–¿Adónde?

–A mi casa –echa a andar.

–¡Espera!

No lo hace. Guarda la compra bajo el brazo, se baja más el sombrero de paja sobre los ojos y aprieta el paso para desaparecer cuanto antes de la vista del comerciante. El puesto se encuentra casi en una esquina del mercado.

–¿No era ése el que quería comprarle una esposa a su hijo muerto?

Baja aún más la cabeza.

No quiere correr, pero casi lo hace.

–Era él, ¿verdad?

Deja atrás las voces, se pierde por el extremo de la placita, dobla el ángulo muerto de una casa de piedra y, entonces sí, se quita el polvo de sus sandalias en una breve carrera hasta el siguiente cruce.

Tras él, termina el pueblo y comienza la tierra pedregosa de la montaña.

El río Amarillo discurre formando un gran remanso de paz a unos cincuenta metros de distancia. El pueblo cabalga por encima de él, a otros cincuenta metros de altura. Qin corre asustado sin saber el motivo exacto. En el trayecto de ida tenía miedo de que le robaran su fortuna. En el de vuelta tiene miedo de que le descubran.



¿Desde cuándo el *minghun* ha de ser un pecado?

No lo es. Lo saben todos.

Aun así...

¿Algún padre habrá viajado tanto y tan lejos para darle una compañera a su hijo?

Si los tiempos no fueran tan duros...

Si no vivieran tan lejos...

Si no hubiera tantos rumores...

Ha hecho bien en correr. Un pájaro picotea el sudario de Ziyi sin que Veloz haga nada por ahuyentarlo. Quizá se haya cansado, o no le importe. Una segunda ave espera a su lado, como si vigilara. Media docena más revolotea aguardando noticias o que los primeros hagan el trabajo sucio. Otros parecen aproximarse a lo lejos.

Qin toma una piedra.

Trata de no darle a su compañero de viaje.

La piedra pasa por encima de las cabezas de los pájaros, a suficiente distancia como para alarmarles y obligarles a levantar el vuelo.

—¡Eh, eh! —grita Qin agitando su brazo libre.

Llega donde Veloz, que vuelve la cabeza para mirarle. El asno agita las orejas a modo de bienvenida. Qin no pierde el tiempo en explicarle nada. Se sube a su grupa y le hinca los talones para que inicie la marcha.

—Tranquila, Ziyi. No pasa nada.

No pasa nada.

Rodea el pueblo y en menos de una hora lo deja atrás, muy atrás.

Las aves del cielo siguen dando vueltas en círculo por encima de su cabeza.

Capítulo 23

HA ENCONTRADO EL PEDAZO DE MADERA...

Ha encontrado el pedazo de madera a mediodía.

Tan bonito como el primero del cual extrajo la talla del caballo.

Una segunda oportunidad.

Los hados le sonríen.

Ahora, de noche, lejos de cualquier parte, y por ello ha hecho una fogata destinada también a ahuyentar a los pájaros carroñeros, comienza el trabajo de darle forma, de entrada quitando la corteza, después calculando las proporciones, imaginando cómo es la figura prisionera del continente, finalmente dando sus primeros cortes con el cuchillo.

En una semana tal vez lo termine.

En una semana estará de nuevo en casa.

Quizá menos porque hasta Veloz sentirá el aroma del hogar.

Y correrá, correrá, correrá.

Volará.

—Esta noche me siento inmensamente rico —suspira.

Desde el interior de su cabeza, Ziyi ya le habla.

Así ha sido en los últimos días, acompañándole.

—¿Por qué te sientes rico si no tienes nada, sólo un pedazo de madera? Incluso perderás a Veloz al llegar a casa.

—¿Desde cuándo un hombre no puede sentirse rico con las cosas sencillas de la vida?

–Ésa es otra clase de riqueza.

–Sabes tú mucho para ser una niña tan pequeña.

–La muerte te hace uno con el universo, y el universo carece de fronteras.

–Pero llevas muy poco en el otro lado.

–El suficiente.

¿Y si de pronto Ziyi es demasiado lista para Zhai?

–En el más allá no debería existir el materialismo.

–¿Qué clase de iluso eres tú?

–¡Cállate! –la reprende–. Soy capaz de dejarte aquí mismo.

–No te enfades.

–No, no me enfado –suspira–. Voy a contarte un cuento.

–Bien.

Alza la cabeza y mira al cielo buscando la estrella más luminosa del oscuro firmamento.

–¿Me escuchas, Zhai?

–Sí, padre.

–Tú ya lo sabes de memoria, pero nunca te importó que te lo contara una y otra vez.

–¿Es el cuento del pescador?

–Sí.

–Mi favorito –Zhai se dirige a Ziyi–: Te gustará.

En su mente ya se conocen.

Qin sonríe.

El viaje ha servido para que los dos lleguen al día de la boda casi enamorados.

Curiosa sensación el amor.

Sus manos no dejan de concentrarse en la talla aunque su voz camine por otros derroteros al empezar a hablar de nuevo.

–Un día un pescador muy, muy pobre, en lugar de extraer del mar los peces que debían darle de comer a él y a los suyos, lo que encontró en su red fue una

preciosa perla.

–¿Una perla así, sin más?

–No, en una ostra –se lo aclara a Ziyi–. ¿Vas a interrumpirme mucho?

–Los detalles son importantes.

–Eres una niña impertinente –se dirige a Zhai–: Tendrás que ponerla en su sitio, hijo.

–Tú nunca pegaste a mamá.

–No hizo falta, pero quizá Ziyi, con sólo siete años...

–No te volveré a interrumpir más –se apresura ella.

Qin sigue la narración.

–El pescador contempló fascinado aquella singular maravilla. En sus manos tenía la perla más perfecta que jamás hubiese imaginado, pues ver no había visto jamás ninguna. Sabía únicamente lo esencial, y lo esencial era su valor, enorme dada su singular belleza –busca a Ziyi y a Zhai en su mente y con un tono de voz más misterioso agrega–: Era evidente que la vida del pescador y de su familia iba a cambiar de manera abismal. La fortuna acababa de sonreírle.

Deja de cortar esquirlas de madera con el cuchillo por espacio de unos segundos. Su expresión se reviste de dulzuras.

–El pescador, sentado en su barca, cerró los ojos para ver su futuro.

Qin cierra los suyos.

–¿Qué vio? –le llega la emocionada voz de Ziyi, capturada ya por el relato.

–El pescador se dijo que vendería la perla por mucho dinero, más del que jamás hubiera imaginado o soñado. Una cifra imposible que ni siquiera le cabía en la cabeza. Lo primero que haría entonces sería comprar una barca nueva...

–¿Para qué seguir pescando si ya era rico?

–El trabajo de un hombre es su vida y su verdadera riqueza. Sin él no es nada. No iba a vivir ocioso el resto de sus días, malgastando una existencia entera –abre los ojos de nuevo, llena los pulmones de aire y los cierra por segunda vez ante el silencio que le rodea–. Con una barca nueva y más grande, quizá incluso dos, o tres, necesitaría emplear a otros pescadores, ya que a él solo le sería imposible gobernarlas. Sería tal la cantidad de peces capturados que las redes se les desbordarían –sus manos muestran las palmas extendidas, como si los peces

rebosaran en ellas—. Y con tantos peces, ¿para qué llevarlos al mercado, donde otros se beneficiaban más que él? Lo justo iba a ser abrir su propia tienda. Con ello su posición en la comunidad subiría hasta llegar a ser alguien importante. Muy importante. Tal sería su relevancia que sus amigos y vecinos le tendrían envidia, le pedirían préstamos o dejarían de hablarle, celosos y envidiosos de su fortuna. Lo peor, sin embargo, tal vez fuera que le hicieran alcalde. Y siendo alcalde ya no podría ir a pescar, tendría que dejar su vida, hacer lo que no le gustaba...

—¿Veía realmente eso en su futuro?

—Se lo imaginaba así, ciertamente —asiente Qin—. Por esa razón empezó a torcer el gesto.

—Si no le gustaba ese futuro, ¿por qué no imaginaba otro? —pregunta Ziyi con inocencia.

—Porque cuando un pescador encuentra una perla ése es el futuro que le espera, probablemente —mueve la cabeza de un lado a otro.

—¿Y su familia?

—A eso iba —la calma—. Sin duda el mayor beneficio iba a ser para ellos. Su esposa compraría una casa nueva, vivirían mejor, tendrían todo lo que nunca tuvieron y ella sería una gran dama. Luego, su hijo mayor estudiaría en la universidad, muy lejos, en la capital. El mediano tendría los caprichos que nunca hubiera podido darle. Y a su hija la casaría con uno de los jóvenes más reputados del pueblo, disfrutando de la mejor de las dotes. Pero entonces... —deja transcurrir dos o tres segundos llenos de misterio—. El pescador siguió pensando, pensando, hundiéndose en aquellas nuevas realidades. Su esposa, con una casa tan grande, no tendría más remedio que contratar mucho servicio, y estaría todo el día ocupada pendiente de él, sin olvidar que la harían dama de honor de todos los comités del pueblo y acabaría por no estar nunca en esa nueva morada tan palaciega. Su hijo mayor se enamoraría en la universidad de una bella muchacha, sin necesidad de convenir un matrimonio como mandaban los cánones, se casaría con ella y se quedaría a vivir en la ciudad, con lo cual dejaría de verle. El mediano, con tantos caprichos, crecería ocioso y vago, sin ambición, perdiendo el tiempo miserablemente y con ello la oportunidad de ser una buena persona, recta y trabajadora. Su hija, por último, a lo peor la pretendían sólo por su riqueza, y la elección final resultaba funesta, con lo cual acabaría siendo una mujer desgraciada que viviría triste y apenada el resto de sus días.

—¡Menudo panorama! —se ríe Ziyi—. ¿Seguro que esto es un cuento? ¡Parece una

venganza!

Hasta Qin la acompaña en su risa.

–El pescador se quedó mirando la perla tras abrir de nuevo los ojos, alarmado por todo aquello –dice una vez serenada su respiración–. Y la miró largo, largo rato, más y más desasosegado. Por mucho que intentara verlo de otra forma, algo le decía que aquel y no otro era su futuro, la realidad que iba a emanar de su fortuna. Entonces...

–¿Qué? –la expectación abrasa finalmente el tono de la niña.

–Abrió la mano que sostenía la perla fuera de la borda de su barca y... la soltó.

–¡No!

–«A cada cual lo suyo», susurró recuperando su paz.

–¿Renunció a todo?

–Una fortuna mal medida es un castigo, no una bendición. Actuó con justicia.

–¡Tuvo miedo!

–No fue miedo, sino el hecho de saber quién era exactamente. No todo el mundo está preparado para ser rico.

–¡No confió en su familia, ni en sí mismo!

Qin se queda perplejo.

Dicen que los jóvenes se hacen mayores de distinta forma, que aprenden antes, que el mundo cambia y lo hace cada vez más rápido, que pronto no habrá fronteras...

Dicen muchas cosas.

–Se ha hecho tarde –suspira.

–Los cuentos siempre se miden por la vara del que los cuenta –sigue protestando Ziyi–. ¡Mi madre también me contaba historias muy bonitas pero nada reales!

Sí, los jóvenes nacen y crecen ya de otra forma.

Incluso muertos lo son.

Pero le gusta Ziyi.

Mucho.

Tiene carácter.

–Ahora dormid –les dice a los dos.

–Buenas noches, padre.

–Buenas noches, Zhai.

Silencio.

–¿Ziyi?

–Buenas noches –tarda todavía un poco en responder a su inquietud.

Qin mira el cadáver envuelto en el blanco sudario.

–Buenas noches, pequeña –susurra.

Deja la madera, el cuchillo, y se tiende junto a la fogata que pronto morirá.

–Buenas noches, Veloz.

El asno debe de estar ya dormido porque no le responde.

Capítulo 24

Y ENTONCES APARECEN ELLOS...

Y entonces aparecen ellos.

La noche ha sido de las más tranquilas, con casi cinco horas de sueño ininterrumpido, su mente poblada de luces e imágenes hermosas, compartiendo escenas con todos sus seres queridos. Una fiesta. Gong lucía sus mejores galas, Cheng y Shan tejían planes para el futuro, Li y Yu tenían media docena de hijos cada uno. No faltaban los antepasados, materializados durante unas horas para poder estar en el reino de los vivos. Sus padres, felices de abrazarlo. Zhai, ya con Ziyi, eternamente joven como le sorprendió la muerte.

Una gran noche.

Y entonces aparecen ellos.

Qin abre los ojos, siente el murmullo del río y con él su deseo de orinar, como cada mañana. Se incorpora y comprueba que a su alrededor todo está bien, que no hay pájaros carroñeros al acecho. No lo hace allí mismo, por respeto a la futura esposa de su hijo. Se aparta unos metros y ejecuta la micción salpicando la tierra parda. Primero una y después otra, moja sus manos en la cálida fuente. Las abre y cierra para dotarlas de vida. Su mente se queda en blanco unos segundos.

Hay otros murmullos, pero ha bajado la guardia.

La mente en blanco, el día por delante, la nueva talla...

Y entonces aparecen ellos.

Tan cerca del final, apenas a una semana del término de su viaje, como un golpe dado a traición por el destino.

Ellos.

Capítulo 25

SON TRES...

Son tres. Probablemente vienen del pueblo que ha dejado atrás, alertados por alguien que le ha visto de lejos o por el comerciante al que compró el arroz y el pescado seco. O quizá sea una simple casualidad. Caminos que se cruzan. Una coincidencia. Eso ya es lo de menos. Tienen mala catadura. Los seres humanos se dividen en tres clases: aquellos cuyo rostro denota bondad, aquellos cuyo rostro denota maldad, y aquellos cuyo rostro no dice nada, porque son como libros cerrados que primero hay que abrir.

Ellos son libros abiertos.

Sus ojos duros, sus mandíbulas cuadradas, su aspecto recio, todo habla de sus intenciones.

Se han interpuesto entre Veloz, Ziyi y él.

Uno ya sujeta al asno por la brida.

–Buenos días –trata de ser amable.

Los tres hombres intercambian una mirada. Se saben fuertes. Gigantes frente a una pulga. Uno de ellos esboza una sonrisa. Tiene una cicatriz que le cruza el rostro casi en diagonal.

–Puedo compartir mi comida con vosotros, si lo deseáis –vuelve a manifestarse Qin.

El segundo hombre lleva un ridículo sombrero para protegerse del sol. Es más pequeño que su cabeza, así que más bien parece flotar por encima de ella. El tercero le ha robado ya el suyo. En su mano izquierda sólo tiene tres dedos.

Qin espera.

Calcula todas sus posibilidades sin éxito.

Un sudor frío le empapa.

–¿Qué queréis? –se rinde.

–Ya lo tenemos –habla el hombre de la cicatriz refiriéndose a Veloz.

–No podéis quitarme a mi asno y dejarme aquí, solo.

–No te hemos quitado a tu asno –dice el del sombrero.

–Nos lo hemos encontrado aquí, perdido. Tú no estabas –lo justifica el de los tres dedos en la mano izquierda.

–Por favor...

Qin da un paso. No es valor, es desesperación. La rabia de la impotencia.

El hombre de la cicatriz en la cara es el jefe.

Con un empujón lo derriba.

Qin se traga el orgullo, muerde el dolor, mastica el miedo. Les muestra sus manos desnudas, implorantes. No es por Veloz por quien sufre y lucha, sino por Ziyi.

Ahora todo es ella.

–Os daré cuanto llevo.

–¿Y cuánto llevas tú? –pregunta el hombre del sombrero.

–Pensábamos llevárnoslo igual, pero ya que nos lo ofreces... –da un paso el hombre de los tres dedos en la mano izquierda.

Qin se incorpora. No ofrece ninguna resistencia cuando le registran. Teme que le quiten el cuchillo, su única posibilidad de subsistencia si se queda sin nada en la montaña. Pero ellos sólo buscan dinero, o un bien material e inmediato como su asno.

Su pobre Veloz, que ni siquiera es ya suyo.

Chihan le matará si no lo hacen los bandidos.

–¿Cinco yuanes? –le expresa su disgusto el hombre de los tres dedos en la mano izquierda.

–Soy pobre –intenta justificar lo que no tiene justificación.

–Estás loco –escupe el del sombrero—. ¿Quién camina solo por esta tierra

únicamente con cinco yuanes encima?

—Si me los quitáis me moriré de hambre. Estoy todavía muy lejos de casa.

—¿Cómo te llamas?

—Qin. Wushiang Qin.

—¿Dónde vives?

—En Xiantseyan.

—¿Dónde está eso?

—A una semana de aquí, más o menos, río abajo.

No han oído hablar de Xiantseyan. No son de la tierra. No son de ninguna parte. Hay aldeas minúsculas en muchos lugares. Han llegado como una lluvia inesperada y se irán como el viento, lejos, al otro lado de las montañas, por caminos inseguros, dejando su rastro tras ellos.

—¿Qué llevas ahí?

A Qin le sobreviene una sacudida.

¿Realmente esperaba que se marcharan sin examinarlo, o sin llevárselo directamente, creyendo que es una mercancía valiosa?

—No es nada...

El hombre de la cicatriz está arrodillado frente al cuerpo de Ziyi.

—Eres un mentiroso —el del sombrero le pone la mano en el pecho, a modo de advertencia—. Merecerías que te matáramos.

—Tienes suerte de que no seamos asesinos —se ríe el de los tres dedos.

—¿Con qué comercias? —el hombre de la cicatriz rasga el sudario, ajeno a la realidad que esconde—. Sea lo que sea, apesta, amigo.

—¡No!

La última reacción es tan absurda como inútil. Quiere detener al río Amarillo con su cuerpo, atrapar el agua con las manos. Un millón de luces pueblan sus ojos. Aparta al hombre del sombrero pero no avanza mucho más allá de dos pasos. Éste y su compañero le interceptan. Uno lo empuja, el otro lo tira al suelo. Qin cae de rodillas y las primeras lágrimas irrumpen en las cuencas espantadas de sus ojos. El hombre de la cicatriz ni le mira. Termina su trabajo.

Le quita a Ziyi el último embozo.

El rostro violáceo de la niña emerge igual que un fantasma que vuelve del más allá.

Ya no quedan en ella rasgos de su belleza. Ni de su infantil esencia. No queda nada salvo la constancia de su muerte, el eco de su triste fin, la cara hinchada, el cabello ralo y sucio, la expresión ausente y hueca.

Eso y el tremendo golpe de hedor.

–Pero ¿qué...? –retrocede reculando el hombre de la cicatriz.

–¡Un cadáver! ¡Llevas un cadáver de arriba abajo...! –dilata su expresión el del sombrero.

–¿Qué clase de loco eres tú? –grita el de los tres dedos.

Es el que le da la primera patada.

Qin se dobla sobre sí mismo y cae de lado, sin aliento.

El resto ya no puede verlo.

Porque cierra los ojos.

Porque pierde el conocimiento.

La paliza le lacera los sentidos mientras su mente se separa de su cuerpo y emprende un largo viaje al reino de la paz, allá donde se refugian los inocentes.

Capítulo 26

EL DOLOR REGRESA A ÉL...

El dolor regresa a él mediante una punzada enloquecida.

Primero, le atraviesa la cabeza. Después, el cuerpo.

Músculo a músculo, herido o no, parte a parte, machacada o no, la vida retorna a sus sentidos.

La vida.

Está vivo.

Lo está, porque es imposible que sienta tanto dolor estando en el paraíso.

Intenta moverse pero renuncia enseguida. El precio es demasiado elevado. Queda boca arriba y siente el calor del sol en su tumefacto rostro. Entreabre los ojos una vez, dos, tres, hasta acostumbrarse a su fuerza, y descubre que el astro rey está en su cenit, así que lleva inconsciente varias horas.

Varias horas.

Exhala un gemido.

Mueve los dedos de su mano derecha, y el brazo. Mueve los dedos de su mano izquierda, y el brazo. Mueve una pierna. Mueve la otra. Casi se sorprende por sentirse entero. Le cuesta respirar. Quizá tenga alguna costilla rota.

¿Y la sangre de la boca?

Ladea la cabeza y la escupe, sin fuerzas. Poco a poco acompasa la respiración, llevando más aire a sus pulmones. Se palpa el torso, se lleva la mano a la cara para comprobar si todo sigue en su lugar. Apenas recuerda nada...

¿Qué le ha sucedido?

Vuelve a cerrar los ojos y reflexiona.

La noche, Veloz, Ziyi, Zhai, el cuento del pescador, la mañana...

Los tres bandidos.

—¡Oh, no...! —regresan a él los primeros detalles.

¡Ziyi!

Intenta vencer el dolor y no puede. Le supera el vértigo y con la rendición el mareo, la arcada. Cuando se dobla sobre sí mismo y vomita hasta la última gota de bilis acaba de romperse en dos, en mil pedazos. Se queda jadeando en el suelo, aplastado por un peso tan grande que le arrebatara incluso su condición humana. Es una bestia, un animal más, víctima de las implacables fuerzas de la naturaleza.

Porque la maldad humana es también parte de la naturaleza.

A veces, el precio de la vida.

—¡Veloz!

Sabe que no está allí, que se lo han llevado, pero lo llama.

Quién sabe...

Los minutos transcurren despacio, tanto por su inmovilidad como por el dolor que no cesa, aunque ya se acostumbra a él. Primero cede el mareo, después el vértigo, finalmente recupera sus fuerzas, una a una, comenzando por la voluntad de incorporarse y terminando por la necesidad de saber de una vez en qué condiciones está su presente.

Una mano, el apoyo, la vuelta, la otra mano, la cabeza, los dientes apretados...

Qin se arrodilla en la tierra.

Mira a su alrededor.

Ni rastro de Veloz.

Ni rastro de nada.

—Ziyi... —suplica.

La bandada de pájaros negros se amontona a su derecha, tras una pequeña hondonada separada por unos matorrales. Los descubre de pronto, al girar la cabeza a ambos lados.

—¡Nooo!

Su grito no les asusta. La primera piedra que les lanza sí. Le da a uno, y el

graznido hiriente de éste, unido a su inesperado vuelo, alerta a los demás. Pero no todos se apartan. Como mucho algunos elevan sus alas unos centímetros y vuelven a su presa. Qin repite su gesto furioso. Otra piedra. Esta vez falla el blanco.

Ya no se detiene.

No hay mareo, vértigo o dolor que valgan.

Se pone de pie y más que echar a correr casi se arrastra hacia ellos.

Hacia Ziyi.

La descubre al llegar a los matorrales, donde los tres ladrones la han dejado, con la cara todavía descubierta. Los pájaros carroñeros ya han picoteado su rostro, sus ojos, y deshilachado parte del sudario, pero llega a tiempo, ¿qué importan unos desgarros más? Los ahuyenta a gritos, agitando sus brazos, arrojándoles tierra con los pies. Ahora sí, las aves levantan el vuelo, molestas, enfadadas, entre graznidos de desaprobación.

Qin cae nuevamente de rodillas.

—¡Ziyi...!

Se inclina sobre la niña. La abraza. Es la novia de su hijo. Su futura esposa. Será su nuera. La abraza y la estrecha contra su pecho mientras repite una y otra vez su nombre.

—Ziyi... Ziyi... ¡Oh, Ziyi!

Sus lágrimas mojan el rostro de la pequeña.

Como las aguas que la cubrieron hasta arrebatarle la vida.

Los siguientes minutos transcurren así.

Quietos.

Un hombre, un cadáver, los pájaros dando vueltas en círculo por encima de su cabeza.

Quizá pueda recomponerle un poco el rostro.

Antes de volver al camino.

A pie.

Llevándola a cuestas.

A una semana o más de su casa, sin comida, sin dinero, sin nada, ni su viejo

sombrero de paja para protegerse del inclemente sol ni la manta para taparse en las frías noches.

Qin se estremece, y sus lágrimas acaban siendo como el río Amarillo de su alma.

Terrible en sus crecidas.

Cuarta parte:

Yi

Capítulo 27

NI UNA SOLA MAÑANA...

Ni una sola mañana ha dejado Gong de subir a la colina desde la cual se divisa el camino por el que ha de regresar su esposo, bajo el árbol que la corona solemne.

Ni una sola mañana, antes de acudir al campo a trabajar, ni un solo anochecer, antes de refugiarse en la casa para preparar la cena junto a sus nueras.

Sus ojos ya no son lo que eran. Están gastados. Pese a ello es capaz de ver la sinuosa senda hasta la siguiente loma recortada en la distancia. Capaz de ver el menor movimiento. Capaz de identificar cualquier cuerpo que se acerque por ella.

Ha contado los días.

Casi las horas.

Y si al comienzo fueron eternos, ahora se hacen infinitos.

En su corazón hay un desgarró, una brecha. Pero más allá de él, su espíritu la alienta, le dice que Qin no ha muerto, que lo único que sucede es que está lejos, muy lejos, tanto que ni se lo imagina. Ella, que únicamente cubrió una vez la distancia que la separaba de la casa de sus padres hasta la de su esposo.

Su gran viaje.

Se pregunta si su espíritu no la engaña.

La más piadosa de las mentiras.

¿Qué hará si Qin no regresa jamás? ¿Y que hará Zhai, ya condenado a la soledad del más allá, sin la compañía esencial de una esposa?

Dos condenas.

Oscurece.

Otra jornada más, otra esperanza menos. Queda un atisbo de luz y sigue en su sitio, sentada sobre la piedra de los suspiros. No es la única mujer que la ha ocupado aguardando el regreso de un padre, un marido o un hijo. Ni será la última. Es la piedra desde la cual se divisa el mundo real, porque el pueblo no es más que el día a día, un paréntesis que los abarca a todos.

Un rumor la alcanza por detrás.

No vuelve la cabeza. Li se sienta a su derecha y Yu a su izquierda. No ve a Wu y en el primero que piensa es en él.

—¿Y mi nieto?

No dice «tu hijo», dice «mi nieto», orgullosa.

—Con su padre.

Cheng juega mucho con el pequeño. Un niño grande. Sus risas son la alegría de la casa. Wu ya ha dejado de preguntar por qué su tío Zhai no se mueve. Ha entendido la frialdad de la muerte. El cuerpo espera embalsamado, cubierto con mantas, a que el destino le alcance y repose en la tierra de la cual todos extraen la vida.

—Se hace tarde, madre.

—Lo sé.

—Debería regresar.

—Lo sé.

Pero no se mueve.

Sigue con los ojos quietos, fijos en la distancia.

—Volverá mañana —dice Li.

—O pasado —la secunda Yu.

Y suspiran.

¿Cuántas veces le han dicho lo mismo en los últimos días?

—Es posible que no haya encontrado una esposa para Zhai —reflexiona la mujer de Cheng.

—No querrá perderse el nacimiento de mi hija —asegura Yu.

Gong la mira. Está a punto de reventar. Cada vez le resulta más duro moverse. La mujer de Shan tiene la barriga más grande que recuerde haber visto jamás, como

si allí dentro se cociera a fuego lento un cochinillo.

O una pareja de criaturas.

–Es la primera vez que te oigo decir que es una niña –observa ella.

–Lo soñé anoche.

–Bien –asiente Gong–. Los sueños nos hablan, aunque no siempre los entendamos. ¿Qué más viste en tu sueño?

–Estaba el señor Qin, cantando, muy feliz, arrullándola.

–¿Viste a mi marido en tu sueño?

–Sí.

–Júramelo.

–Se lo juro, madre.

–¿Por qué no me lo dijiste antes?

–Se lo digo ahora.

Recibe la noticia con expectación. A veces los sueños hablan de vida, pero también a veces son premoniciones, avisos del lado oscuro. Cuando nació Cheng soñó que de sus pechos salía miel. Cuando nació Shan soñó que de sus pechos brotaba leche. Cuando nació Zhai soñó que de sus pechos manaba sangre.

Y Zhai ha muerto.

Ya no hay un sol en el cielo. Ha sido devorado por la montaña. El río ya no brilla a lo lejos. Ahora es una oscura lengua que se mueve entre los labios de piedra de la tierra que lo encajona y dirige. La oscuridad avanza, se extiende como un manto que las cubre con rapidez. Los perfiles se hacen borrosos. Las formas se confunden. Al final del camino ya no queda sino la nada que le descubre un día más la realidad de su fracaso.

–Qin... –musita tan bajo que ni sus nueras la escuchan.

Li es la primera en incorporarse. Ayuda a su cuñada, que se incorpora sujetándose el abdomen como si fuera a perder su contenido a causa del esfuerzo. Luego las dos tiran de ella, una de cada mano. Gong lanza una mirada final a su espalda y da el primer paso para volver al pueblo, a la casa, a la rutina.

Otra noche durmiendo sola.

Se estremece.

Lo peor es que, por más que se esfuerce en intentarlo, es incapaz de imaginar, intuir o pensar en lo que pueda estar haciendo Qin, se halle donde se halle. Incapaz porque lo ignora todo del mundo exterior.

Y su cabeza no da para tanto.

Capítulo 28

LA VELA DEL HIJO MUERTO...

La vela del hijo muerto se ha hecho ritual.

Cada noche le reza. Cada noche lo tapa. Cada noche lo acaricia. Cada noche le habla. Cada noche espera.

Ésta parece diferente.

Más inquieta, más desasosegada, más nerviosa.

El sueño de Yu tiene la culpa.

Qin jugando con la niña recién nacida.

Si la niña nace muerta, como otros bebés, algo más frecuente de lo que todos quisieran, será en el más allá donde su esposo juegue con ella.

Con los demás, en presencia de Cheng, de Shan, de Li y de Yu, ha de ser fuerte. Incluso con Wu. Pero a solas se deshace como la manteca al sol. No puede evitar quebrarse igual que una ramita débil azotada por el huracán de sus emociones. Y lo mismo le pasa cuando camina por el pueblo y resiste las preguntas de las demás mujeres.

—¿Nada?

—¿Todavía sin noticias?

—¿Tampoco volvió anoche?

Luego sus ojos, sus caras, sus murmuraciones, unas de pena, otras de recelo, las más de incertidumbre.

—Zhai...

El niño la mira desde el interior de su sudario.

El deber de un padre es procurar la felicidad de su hijo, y el de un hijo honrar y venerar la memoria del padre, pero cuando la vida da un vuelco y el orden se distorsiona, cambian las prioridades.

—Mañana, madre.

Se sobresalta.

La voz de Zhai ya no es exterior, sino que procede de su alma, y por lo tanto sólo puede oírla en su cabeza.

Pero juraría...

—¿Zhai?

—Mañana —repite el susurro—. Al atardecer.

¿Se está volviendo loca?

Toca el sudario.

Mañana.

Qin.

Gong besa la tela blanca. Una mancha en las sombras. Al otro lado de la ventana, la noche está teñida de nubes oscuras que tapan las estrellas. Confucio dijo que toda vigilia se hace eterna cuando es la impaciencia la que domina la razón.

¿Conseguirá dormir más de tres horas, como las noches pasadas?

Despertando a cada momento, víctima de la ansiedad.

¿Por qué no le dijo nunca a Qin que lo amaba, hasta justo antes de partir?

¿Por qué las verdades a veces son las más difíciles de manifestarse y se da por hecho que se sobreentienden?

Cuando Qin fue a comprarla y le vio por primera vez, supo que la voz interior que tantas veces había escuchado a lo largo de sus primeros años ya no le sería necesaria nunca más, porque al convertirse en su esposa él sería su voz.

En todos estos días de soledad la voz ha vuelto.

—¿Mañana? —le pregunta a Zhai.

Ya no hay respuesta, pero en ese momento las nubes, antes cerradas, se apartan para dejar que la luna se asome.

Su luz se proyecta sobre el cuerpo embalsamado de Zhai y la blancura del sudario de pronto se hace cegadora.

Capítulo 29

LA VIDA ES EXTRAÑA...

La vida es extraña, tiene sus códigos.

Secretos.

Ha soñado que el vientre de Yu se abría y de él surgía una niña. Ha soñado que, después de ella, por el hueco asomaba Qin. Ha soñado que todos cantaban y reían celebrando su regreso. Ha soñado que Zhai era feliz, con su mujer, en el más allá luminoso de su futuro.

Pero no ha soñado con la esposa.

¿Dónde está?

Al despertar ha corrido a la colina, para ver el camino. La noche pasada la voz de Zhai le dijo que no sería hasta el anochecer, pero ella no puede contener sus hábitos. Se siente mal por negarse a creer, y peor cuando regresa sola, tras otra larga espera, a trabajar en el campo todo el día para sustituir al ausente. Luego ha contado las horas, apenas si ha comido a mediodía, y al declinar la luz ha vuelto a su puesto de observación, sentada en la piedra de los suspiros, la mirada fija en la distancia.

Una estatua.

Inamovible.

La vida es extraña, tiene sus códigos. Pero ¿acaso no son los humanos los que los tejen en el telar de sus horas y sus días, sus sueños y sus esperanzas, su lucha y su voluntad?

El sol cubre el viaje de todos los días. Cae en dirección a la montaña dispuesto a zambullirse entre las nubes y sepultarse en ella. La luz cambia, se hace rojiza. Un estallido. Por detrás de esas nubes se produce la mutación, y el grito del

anochecer llega hasta donde se encuentra tiñéndola de ocre.

Gong brilla.

Son unos breves instantes, suficientes.

Brilla como una diosa.

Es en este momento cuando la mariposa aparece en su proximidad.

Aletea como sólo las mariposas saben hacerlo, con grácil encanto, siguiendo un vuelo errático que la lleva de un lado a otro, arriba y abajo, del cielo a la tierra. Es de color amarillo, pero sus alas tienen pintas rojas. Ella también brilla con el esplendor de su libertad.

Gong la contempla dulce.

Arrebatada por primera vez de la tensión de la espera y con su vista fija en el camino.

La mariposa da vueltas alrededor de ella, y se luce, parece exhibirse, sube y baja, despliega toda la maravilla de su encanto, la subyuga y la embriaga. Lo sencillo es casi siempre lo más hermoso. Lo natural forma parte del día a día sin darnos cuenta hasta que sucede el milagro, que el vuelo de una mariposa nos embriague. Sin apenas apercibirse de su gesto, Gong extiende una mano al frente, con el dorso hacia arriba.

Se queda quieta.

No respira.

Unos segundos, un largo minuto, quizá más.



La mariposa revolotea cerca de la mano dos veces, como si la observara, como si midiera la alternativa. Dos veces se aleja y regresa, sigue su danza luminosa. El límite de su inocencia quizá pase por descubrir de qué color es el mundo.

Una mano tendida.

Cuando se posa en ella, Gong siente un cosquilleo.

Sonríe.

Feliz.

Su primera sonrisa en muchos, muchísimos días.

La mariposa amarilla con pintas rojas cierra sus alas y la mira fijamente. Gong no se mueve, sigue con el brazo extendido. La pequeña trompa se alarga y enrosca. La mano es áspera y sin embargo ahora se le antoja suave. Una flor sin polen. La imagen tiene mucho de metáfora.

Gong no sabe qué es una metáfora.

Pero sí sabe de mariposas y libélulas.

Poco a poco, muy despacio, la mariposa abre las alas, con perezosa lentitud, la que le acaba de brindar el don de su amistad y la confianza de su tacto. Primero quedan en un cerrado ángulo. Después éste se hace mayor.

Una V que es una ventana.

Porque justo en ese punto de mira, al fondo, queda el camino, la loma que lo cierra.

Y Gong ve un cuerpo en él, enmarcado por el vértice de las alas.

Un cuerpo que camina con dificultad, que avanza casi doblado sobre sí mismo, que mucho más que un cuerpo parece un alma en pena.

Un cuerpo que carga en sus brazos un bulto blanco, pequeño.

La mariposa sigue abriendo sus alas.

El cuerpo tropieza, cae, se levanta.

Sin dejar de sostener el bulto blanco.

Las alas de la mariposa se extienden ya horizontales.

Cuando la mano de Gong tiembla por primera vez, echa a volar.

Entonces ella musita su nombre:

–Qin...

Capítulo 30

MIENTRAS LOS MÚSICOS...

Mientras los músicos tocan con solemne tristeza, poblando el aire de nostalgias que evocan a los vivos la fatalidad del tránsito a la muerte, las miradas de todos los presentes están fijas en el ataúd.

Una caja de madera sin ornamentos, sencilla.

Como ellos.

Boda y entierro, todo en uno, une los dos extremos de lo imaginable. Amor y dolor. Principio y fin.

La caja desciende hacia la fosa.

Zhai y Ziyi, ya marido y mujer, inician su viaje eterno.

Juntos.

Sólo Gong percibe el suspiro de Qin.

Busca su mano, la toma, la aprieta, y ya no son necesarias las palabras.

Qin está sentado en una silla que sus dos hijos han transportado con él encima hasta el cementerio. Los pies, vendados, se recuperan de las heridas, las ampollas, el desgarró de la carne abierta y tumefacta. En el rostro, para curar las quemaduras del sol, le han aplicado ungüentos. Aún lo tiene hinchado. El cuerpo ya se recupera con comida. Y el espíritu con amor. Gong siente la vida a través del contacto de sus dedos. Detrás de ella, Cheng y Shan, con sus esposas, contemplan absortos el ataúd que contiene los dos cadáveres, el de su hermano pequeño y el de la mujer que ninguno ha visto ni conocido, y que sin embargo ya es su cuñada por los siglos de los siglos.

Qin les dijo que era muy bonita.

Li sostiene a Wu en brazos. El pequeño no habla. Le han dicho que ha de estar muy callado y lo respeta. Es el único que no mira la caja de madera, sino a los músicos. Nunca ha visto nada parecido, tanta armonía junta. En su interior nace el deseo de ser como ellos de mayor, un hombre capaz de extraer la belleza de instrumentos como aquéllos. Yu por su parte sujeta su abdomen. Una montaña incrustada en su seno. Ya es más larga que alta. Su circunferencia abdominal es igual que una luna llena pletórica.

El resto, sus vecinos y amigos, mantiene la solemnidad de tantas otras ocasiones.

La pérdida de uno de los suyos es la pérdida de todo el pueblo.

Una tragedia.

Además de triste, el que peor está es Chihan.

Mañana hablarán de la deuda. Mañana.

Hoy es día de boda.

Hoy es día de entierro.

Hoy es día de entregas y recuerdos, de memorias y nostalgias, de miradas interiores y silencios exteriores. Día de esperanzas. Día de fin y comienzo. Día de familia unida.

De pronto suceden dos cosas.

Gong aprieta la mano de su esposo y le hace notar la primera.

—Mira...

Una mariposa amarilla con pintas rojas, quizá la misma del día anterior, aletea alrededor del ataúd.

Una hermosa libélula de color verde, enorme, aparece de la nada y se mantiene quieta sobre él.

Qin y Gong sienten que su vello se eriza.

No, nada es casual en la vida, todo se encadena, forma parte del destino.

Ése es el camino.

Y justo en el instante en que la mariposa y la libélula emprenden el vuelo para alejarse de allí, tan rápido como han aparecido, sucede el segundo hecho.

Es la voz de Yu la que, rompiendo el silencio, les anuncia:

—¡Oh, ya está aquí...! ¡Ya está aquí!

COROLARIO

Cuatro son las virtudes confucianas: Yi (rectitud, justicia, equidad), Ren (benevolencia, humanidad), Zhong (lealtad, fidelidad) y Xiao (piedad, atención, respeto y reverencia a los padres).

Cuatro, como los puntos cardinales o los lados de un cuadrado perfecto.

En «Los ritos de Zhou», un manual de conducta confuciana escrito en torno al siglo III antes de Jesucristo, se habla ya del *minghun*, «el matrimonio en el más allá». En la China más rural y alejada de la «civilización», si una persona muere en la infancia, antes de haber contraído matrimonio, estará condenada a vagar sola por el otro mundo, el de las sombras, arrastrando eternamente una segunda existencia llena de vacío. Para los campesinos, una vida sin matrimonio es una vida incompleta.

Miles de años de historia y vida, evolución y revoluciones, no han menguado las doctrinas de Confucio en la gran China, ni su importancia, su valor o su peso tradicional. El paso del tiempo, al contrario, ha hecho que el gigante asiático siga siendo un misterio fascinante para muchos.

De ese amor y ese respeto por mi parte ha nacido esta historia, que transcurre en China alrededor de 1972, siete años antes de la política del «hijo único» impuesta por las autoridades de Pekín y poco después de aprobarse un máximo de dos hijos por pareja en las ciudades y de tres a cuatro en las zonas rurales.

El *minghun*, aunque prohibido por las autoridades, sigue siendo normal en estas zonas rurales del país, como siempre lo ha sido, como siempre lo será.

Gracias a Jim Yardley y a Jane Hooker por su magnífico artículo en *The New York Times*, y a *El País* por reproducirlo el jueves 19 de octubre de 2006.

Medellín, Cancún y Vallirana,
otoño 2006-primavera 2007

Colección dirigida por Michi Strausfeld

Edición en formato digital: noviembre 2011

© Jordi Sierra i Fabra, 2008

© De las ilustraciones, Pep Montserrat

© Ediciones Siruela, S. A., 1993, 2006, 2011

c/ Almagro, 25, ppal. dcha. 28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-786-9

www.siruela.com

Índice

Portadilla	4
Dedicatoria	5
Primera parte: Xiao	6
Capítulo 1 Desde lo alto...	7
Capítulo 2 En la casa...	12
Capítulo 3 Cuando compró a su esposa...	15
Capítulo 4 Al amanecer...	19
Capítulo 5 La reunión del Consejo...	23
Capítulo 6 Los quinientos veintisiete...	29
Capítulo 7 Al iniciar el camino...	33
Segunda parte: Ren	37
Capítulo 8 El frío de la primera oscuridad...	38
Capítulo 9 El río siempre le ha sobrecogido...	41
Capítulo 10 Cuatro días sin ver la corriente...	47
Capítulo 11 La talla de madera...	50
Capítulo 12 El asombro preside...	53
Capítulo 13 Ya se intuye la forma...	56
Capítulo 14 Los días se encadenan...	60
Capítulo 15 La tormenta de la noche...	64
Capítulo 16 Tiene miedo...	67
Capítulo 17 No le mintieron los hombres...	71
Tercera parte: Zhong	74
Capítulo 18: Se detiene en el mismo lugar...	75
Capítulo 19: En el viaje de ida...	80
Capítulo 20: Por la mañana...	83
Capítulo 21: Todo parece igual...	86
Capítulo 22: El vendedor le mira con ojos líquidos...	90
Capítulo 23: Ha encontrado el pedazo de madera...	94
Capítulo 24: Y entonces aparecen ellos...	100
Capítulo 25: Son tres...	102
Capítulo 26: El dolor regresa a él...	106
Cuarta parte: Yi	110

Capítulo 27: Ni una sola mañana...	111
Capítulo 28: La vela del hijo muerto...	115
Capítulo 29: La vida es extraña...	118
Capítulo 30: Mientras los músicos...	123
Corolario	126
Créditos	128